

LA HISTORIA QUE NUNCA LES CONTÉ

ROBERTO RASCHELLA - MARIANO FISZMAN

**BASADO EN EL TESTIMONIO DE GISELA GLEIS
DE SAGINUR**

Agradecimientos

A la familia Saginur.

A Nicolás Gelormini, por su traducción del poema “Epílogo”, de Heinrich Heine.

Y nuestro especial reconocimiento a Norberto Pou, que junto a Jorge Saginur fue el iniciador de este libro, y participó de todo el largo trabajo previo de entrevistas con Gisela en su casa de Flores entre 1995 y 1997.

Buenos Aires, verano del 2000.

Queridos nietos:

Esta mañana hubo en la casa una gran tormenta que duró poco. Tormenta de verano, dicen. En el fondo, algunas maderas estaban apenas sujetas por sogas y empezaron a caerse. Entonces escuché el ruido de un avión, lejos, y también se me apareció una rata.

La rata llegaba del abismo.

Nunca hasta ahora les hablé de ciertas cosas de la vida pasada. Cosas que pasaron antes de que naciera Jorge, que ya les debe parecer un viejo y para mí es como si todavía lo estuviera viendo de chico. A él ya le conté, él sabe. Pero ahora quiero contarle a ustedes.

Después que terminó la guerra, el abuelo Max y yo nos fuimos de Europa para siempre. No guardábamos nada. Íbamos, con la vida. Llegamos a Argentina desde el Paraguay sin visa. Cruzamos el río Pilcomayo en el bote de un contrabandista, de noche, tomamos el tren, ya estábamos acostumbrados a los viajes largos pero de repente veo esta ciudad y me quería morir. Aquí no existíamos. Entrábamos a casas de gente ajena. Todo era extraño.

Al principio no sabía el idioma, pero con el tiempo mi latín se volvió castellano, y así lo hablo.

Cuando fuimos a hacer los papeles dijeron que mi nombre, Gisela, aquí no existe, y no me lo pueden poner. Teníamos que pensar un nombre para mí como si fuera un recién nacido. Yo había pensado ya nombres para nuestra hija que nunca nació. Después de algunos años creí que lo había olvidado, pero no olvidé. Qué nombre, pensábamos con Max. Uno parecido. Era ridículo. Estaba enojada. Estos nombres inútiles, sin persona, estas personas sin nombre. Gisela, Eugenia, Gleis, Fischer, Miller, Saginur. Cada nombre que sobra es un error, un error de las leyes, ignorancia del mundo. Pero el abuelo tenía la palabra de calma para mí, y me tranquilizaba, y yo pensaba lo único que necesito es quedarme cerca de él.

Yo era muy romántica. Mientras estemos juntos, pensaba, qué importa cómo me conozcan los demás. Max sabrá siempre quién soy.

Entonces me llamé Eugenia. Todavía no me acostumbro a este nombre, y después de cincuenta años, si me llaman así por la calle no me doy vuelta, porque es como si fuera otra persona.

Ya no éramos chicos, ya no éramos jóvenes, y el mundo no nos conocía. Estábamos a miles de kilómetros de nuestra ciudad. Muy lejos de aquella guerra, del gueto, del sótano donde vivimos encerrados. Era el sótano de la casa de Staszek, un amigo del abuelo que nos escondió hasta que la guerra termine. Estuvimos allí dieciocho meses. Al final éramos más de treinta personas. Porque nos mataban, y entonces nos refugiamos. Cuando salimos, muy poca gente volvió a verse. Cada uno se fue por su lado. Dos semanas después nació Akeda, el hijo de mi hermano Alter. Ni él ni Jorge llevan el nombre de los abuelos, como se acostumbra. Fue una idea nuestra para demostrar que no aceptamos la forma como ellos murieron.

Habíamos perdido la familia, la casa, íbamos de lugar en lugar.

En Cracovia encontramos de nuevo a Mundek. Él y Max se apreciaban mucho. Después del sótano Mundek abrió una clínica dental en una vieja fábrica de aceite. Yo era su asistente y Max el mecánico. Pero no aguantó, se fue con el Ejército Rojo y marchó al frente en un batallón de castigo. Buscaba que lo maten, como a su mujer y a su hija, pero no murió.

Desde que entró al sótano estuvimos cerca de Mundek. No por compasión, al principio no conocíamos qué le pasó. Allí todos teníamos el mismo dolor encima. Pero algo suyo me hacía pensar en mi papá. Algo familiar, que yo había perdido y volvía a encontrar ahí abajo gracias a él. Sucio, muerto de hambre, herido, venía a traerme algo precioso, un gesto rescatado de la muerte. Se sentaba muy derecho contra la pared y nos miraba, y eso nos ayudaba también.

Les voy a decir algo muy íntimo. Max y yo lo convencimos y Mundek, un día, llegó a Buenos Aires, donde ya tenía una hermana, pero se quedó viviendo siempre aquí, en esta casa, con nosotros, y para Jorge fue como el abuelo que hubiera tenido. Entonces se llamaba Marcos. Pero no lo hicimos venir como agradecimiento por haberme salvado la vida. Era al revés, yo creo que otro no me hubiera podido salvar. A veces, muchas veces, digo por qué me salvé. Creo que en ese momento, tan débil, con la fiebre y el dolor que sentía, mi cuerpo se dejó convencer y se dejó arrastrar por el hilo humano que tiraba

Mundek y que me llevaba a vivir de vuelta como antes de la guerra, a vivir como vivía mi mamá.

También mi ciudad cambió de nombre y de país. Antes era parte de Austria y después de Polonia, y se llamaba Stanislawow. Ahora está en Ucrania y se llama Ivanofrankowski. Me acuerdo de la escuela, del campo, del molino de mi papá, que fue el primero que tuvo luz eléctrica. El basurero pasaba en carro una vez por semana. Colgábamos la ropa en la buhardilla. Terrazas no había, los techos no eran como los de Buenos Aires. Se veían pocos autos y los caballos eran caros, así que nosotros andábamos en tranvía, o en bicicleta. Y el trineo. Fue algo original. Cuando mis hermanos querían una cosa me pedían a mí que se la pidiera a papá, porque él me mimaba mucho. Yo les dije está bien, pero si me van a dejar que lo use. Por supuesto papá me lo compró, no me negaba nada. Así que cuando ellos se iban a la escuela yo andaba en trineo.

Mucho frío, hacía mucho frío en mi ciudad. Todavía lo tengo en la memoria. Y tengo a los gitanos que con la nieve acampaban en los terrenos y se decía que robaban caballos. Y de los judíos decían que el pan nuestro estaba amasado con la sangre de un niño cristiano. Es que de cada cosa decían algo y todos repetían. Del pueblo, puedo decirte eso. Y el frío, siempre el frío. Era un frío que nunca vi nada parecido. En el gueto, lo que más odiaba de los alemanes era que se habían llevado todas mis ropas, los vestidos, los abrigos, y ellos andaban por la nieve con las botas altas de cuero y con impermeables de peltre. Y pensar que yo hablaba tan bien su lengua, la lengua del invasor.

Había un alemán, ahora no me acuerdo cómo se llama.

Mi memoria es caprichosa, va, viene. Si me preguntan cómo conocí a Max hoy digo que no me acuerdo. Y Rosulna, nunca más vi Rosulna. La mañana que nos enteramos de que Rusia entró en guerra con Alemania nos preparábamos para ir de excursión a Rosulna en bicicleta. Más tarde, cuando ya se decía del trato de los alemanes a los judíos, Max quiso que nos escapáramos en bicicleta a Rusia, pero papá y mamá no hubieran podido, y nos quedamos.

También me acuerdo de Elo Segal, que era más joven que yo y ahora vive en Australia, y lo hice casar con una amiga que estaba con los partisanos. Porque nuestros

hombres y nuestras mujeres se unían para defenderse. Helman, hombre claro. Misku, grande pero no viejo. Los Semel, una familia muy común. Zygo, muchacho solo, un adolescente que llegó del bosque, escapándose del invierno. De otros más todavía no me acuerdo.

Queridos nietos, tengo miedo de perder la memoria. Pero sé que nunca me olvidaré de Staszek. En realidad se llamaba Stanislaw Jackowski. El padre había sido muy católico. Vivía con su madrastra, tres hermanas y un hermano. La madrastra sabía que estábamos nosotros, se dio cuenta que Staszek no va a dejar morir a su mejor amigo. Las hermanas, algo sabían, algo no. Tuvimos esta suerte que nadie dijo nada. Staszek se presentó enseguida como un amigo verdadero. Después empezaron a llegar los demás. No los conocía, no estaba obligado a salvar más gente, pero ya que estaba en el baile, bailaba. Él decía: si me encuentran con un judío o con treinta, qué diferencia hay. Me pueden matar una vez, una vez nada más. Hubo muchos como él, hombres sencillos, campesinos, curas, policías, otros cristianos que salvaron judíos. Algunos se arruinaron la vida por esto. También Staszek tuvo problemas, y por suerte nosotros lo pudimos ayudar. Siempre se escribía con Max, hablábamos por teléfono, viajamos juntos. Ellos eran inseparables desde chicos, un judío, un católico, iban juntos a la escuela, a nadar, a la montaña. Y recorrían el campo en bicicleta, y también invitaban chicas al cine. Max festejaba Año Nuevo en casa de Staszek y Staszek para Rosh Hashaná venía a casa de la familia de Max.

Ahora Staszek murió.

Los otros están viviendo en Israel, en Estados Unidos, nadie en Europa. No quisiera saber nada más de Europa. Ya no escuché nada de Nunia, que se casó con un japonés. Mi hermano Alter está escribiendo un libro. Todos deberían escribir sus vidas, o los momentos especiales que hacen que cada persona sea única en el mundo. Y no sé si yo viví algo tan raro, no sé si toda la gente que sobrevivió tiene tanto para contar. Algunos dieron testimonio en juicios, Max Feuer, otros que no puedo acordarme. Estaba ese alemán. Fue en el juicio contra Krüger y los Mauer, dos oficiales que después se hicieron austríacos. Dos hermanos. Uno dijo que pueden buscar por todo el mundo, pueden buscar hasta en Israel, si quieren, que no van a encontrar un solo judío de Stanislawow que esté vivo para decir lo que dicen que hice. Pero entonces fueron

apareciendo hasta sesenta que estaban vivos. Mataron a sesenta mil, pero quedamos sesenta.

Simón Herman era uno de los sesenta. A este Herman lo tenían trabajando como mecánico de autos y chofer de los nazis. Era usado como mano de obra. Todavía lo dejaban que viva para trabajar a favor de Alemania. En mayo del 44, cuando se escapaban de Stanislawow, lo llevan para que maneje el auto. Va con Krüger y dos alemanes más. Todos saben que cuando lleguen lo van a matar. Viajan de noche. Cuando falta poco para la frontera Herman hace que el auto salga del camino. Lo hace doblar para la derecha, abre la puerta, se tira y se mete corriendo en el bosque. Le disparan pero en la oscuridad no aciertan y se salva.

Después de algunos años, Herman se presentó de testigo en el juicio y contó todo, todos los crímenes que hicieron, quiénes eran, dice los lugares, cuánta gente mataron, estaba enterado de todo. Claro, fueron tres años de llevarlos y traerlos a todas partes, los conocía bien. Krüger ve esto y lo quiere desmentir. ¿Y usted de dónde sabe tanto? Quiere mostrar que inventa o que tenía algo con ellos, que es cómplice.

Entonces Herman le dijo: usted tenía un perro, un perro de policía muy querido, que lo quería más que a las personas. El perro murió y usted se puso muy triste. Yo fui uno de los que lo enterraron donde usted nos mandó. ¿Quiere pruebas? Enterramos a su perro en el jardín de su mansión, al costado de un cantero de hortensias que había entre la cancha de tenis y el vivero. Pero ahora no lo vayan a buscar, porque esa misma noche lo desenterramos y lo comimos entre todos.

No sé si yo hubiera podido hacer lo mismo. Yo no viví espantos. No me llevaron a los campos, no los conozco. Si me llevaban, si los conocía, no estaría aquí, en esta casa de Flores. Nunca entré a la Gestapo, que estaba en el mismo lugar de la KGB. Algo sabíamos que existen Auschwitz, Treblinka, Belzec, se hablaba de los trenes que pasaban, pero cosas concretas no escuchábamos. Muy lejos no debían estar, porque los vecinos del ferrocarril veían pasar los rápidos hacia el oeste y los trenes no llevaban carbón o ganado, y el olor de las personas que van a morir tampoco es el olor de los que van a visitar a sus parientes. Había rumores, pero la mayoría callaba. Estaban los que no querían hablar y los que no querían saber. Hoy es igual. Y yo me pregunto por qué se callan. ¿No pudieron entender lo que pasamos o todavía tienen miedo, miedo de que el

nazismo aparezca otra vez? O es que por hablar del sufrimiento pasado creen que está volviendo, y vuelven a sentir como yo el frío, y el hambre con todo el cuerpo, los pisos duros a la noche, las ventanas sin abrir y sin cerrar, las paredes. Es difícil aceptar que algo sucedió y que fue terrible, y sin embargo se ha seguido en la vida como si no hubiera pasado nada, y los padres siguen teniendo hijos y los hijos creen o no creen la verdad de los padres. Yo hice lo mismo mucho tiempo. Pero ahora quiero hablar, quiero contarles, y no solamente de cuando se me quebró la vida, todo este conocimiento que me quedó. Quiero vivir hasta terminar de contar todo lo que me acuerdo, que no es todo lo que viví.

Este Krüger era terrible, terrible. Primero mató a todos los intelectuales, los médicos, los ingenieros judíos. Porque los alemanes sacaban la inteligencia. Él dirigió la primera gran matanza que hubo, el doce de octubre del 41, un día después de las fiestas. Nosotros estábamos en casa y vemos que hay un movimiento de gente extraño en la ciudad. Mamá, con Wanda y con Alter, se escondieron en la buhardilla. Papá y yo nos metimos en el pozo de la basura, un pozo de material con la tapa. Agachados veíamos por un agujero pasar los contingentes de judíos. A eso de las dos de la tarde empezamos a oír las ametralladoras. Venían del cementerio de Nadvornaya. Papá trataba de animarme. No son disparos, me decía. Duró hasta la seis, cuando este Krüger dijo basta. Después supimos: les habían hecho cavar las fosas, y los ponían en filas de veinte y les disparaban. Esa tarde en Stanislawow mataron doce mil judíos. Algunos quedaron y Krüger les dijo: pueden volver a sus casas, el führer les ha salvado la vida y trabajando para Alemania con sacrificio ya no les va a pasar nada malo.

Empezaron a pasar de vuelta del cementerio. Salimos del pozo. No podíamos creer lo que nos contaban. Al otro día, nos enteramos. A Max también lo llevaban en uno de estos pelotones. De a poco se fue corriendo para un costado de la fila y se escapó a los matorrales. Lo persiguieron pero era muy rápido. Así fue a casa de Staszek y se quedó allí.

Unos amigos nuestros, José y Ruth, llegaron a estar fusilados. Era uno de los últimos grupos. Empezaba a oscurecer. Escucharon los disparos. Él la agarró de la mano y la tiró a la fosa. Los dos cayeron sobre los cadáveres. Les cayó encima otra tanda más y después la acción terminó. Los alemanes subieron a los camiones y se fueron. Se hizo de

noche. Helaba. José y Ruth esperaron muchas horas sin abrir los ojos, y no se movían, y cuando estuvieron seguros de que no quedaba ningún guardia, salieron y se escaparon al bosque. Mucha gente se salvó gracias a los bosques, escondidos, y comían hierbas, cazaban. Grupos de la resistencia, gente sola, algunos ayudados por campesinos, a veces por plata.

Ya lo ven. Había que escapar, y nosotros escapábamos, casi todos escapaban. Cuando mi hermano Alter estuvo preso al principio de la guerra, los soldados alemanes le decían: ustedes los judíos tienen la culpa de esta guerra. Un día, Alter se cansó y les contestó: sí, nosotros tenemos la culpa, los judíos y los ciclistas. ¿Por qué los ciclistas? ¿Y por qué los judíos? Era un chiste nuestro que contábamos siempre. Porque, si no nos conocían, ¿cómo podían odiarnos tanto? ¿Qué éramos nosotros para los nazis? ¿Qué sabían de nosotros? Las caricaturas en los diarios con el judío todo de negro y con barba. Y después los polacos, que pensaban que escondíamos tesoros por los rincones y aprovecharon la guerra. Y los rusos que me preguntaban dónde había estado todo ese tiempo, y les dije en el bosque, y me contestaron estuviste con los partisanos, luchaste contra nosotros.

¿Nos odiaban también como nos odiaban los nazis? ¿Alguien les había enseñado el terror contra los polacos y los judíos? Una vez los enfrenté, una vez sola. Querían saber quién era mi novio y si había estado en el ejército sirviendo y si era socialista o había vivido en Alemania. Todo querían saber los rusos, de la familia, de los amigos.

Pero lo más triste que vi en mi vida, judíos que traicionaban a su gente por un pancito, creyendo que los van a dejar sobrevivir.

Yo también odié, por esto que les digo, odié con todo el cuerpo y mi salud me contestó. Hasta los veintidós años no conocí el odio, después vi tantas mentiras. Aprendí a odiar los déspotas, a los que hacen mal diciendo que hacen bien, a los que piden a Dios y matan a los chicos. Aprendí a odiar a los inventores de la guerra, a los culpables y a los inocentes que castigan a otros inocentes sin saber bien por qué. El odio me enseñó sus lecciones. Hoy ya no es odio. Aprendí que ningún odio puede ser general, a un pueblo, una familia, un país, una religión entera. El tiempo del dolor pasó también. Yo creía que nadie elige la esclavitud o el servilismo. Pero los hechos me demostraron que nada sucede como una cree. Nosotros, ¿alguna vez nos habíamos visto obligados a defender la

libertad? Stanislawow era una ciudad pequeña y en la escuela se hablaba de la historia de Polonia, del rey Casimiro, de Pilsudski y de Paderewski, se hablaba mucho de libertad. ¿Sabíamos qué quiere decir libertad?

Todos estos años estudiando el odio, estudiando el olvido.

Es el sótano, es la oscuridad del sótano que llega hasta los últimos rincones del alma, adonde nadie puede llegar, y tampoco mi propia inteligencia. Al principio me parecía que se terminó el mundo. El tiempo se acabó, pensaba. Para papá y mamá, para mí también. Yo estaba muy débil. No comíamos. Estuve enferma. La última mudanza adentro del gueto me habían llevado en un cochecito para bebés. Tenía veinte años y me deseaba la muerte. Todo el tiempo depresivos viendo la muerte por delante. Después, una se fue acostumbrando. Max me decía, no llores para toda la vida.

Levantar nos levantábamos. Estábamos obligados. Cuando afuera se hacía de noche, sonaban las campanas de Stanislawow y quedaban las calles vacías, únicamente la patrulla alemana y el guardián. El olor del humo de las chimeneas que llegaba de la calle me hacía pensar en las casas de la gente libre. No sé si eran libres. Algunos eran inocentes, otros no, pero todos tenían su casa, su familia y podían caminar por las calles de día y ver la luz. La luz era nuestra obsesión. Y que nos descubran.

Yo estaba siempre en la misma rueda. Dormir, despertarme, hacer la cama, lavarme, cocinar. No rezábamos, no hacíamos nada juntos. Nos decíamos alguna palabra, pero la lengua se callaba el verdadero pensamiento. Los días de esperanza pensábamos, con el tiempo cada uno volverá a su vida.

Era imposible volver.

Nadie nació, nadie murió en esos dieciocho meses.

Hubo algo más, una carta, no sé cómo llegó al sótano. En aquel momento ni me enteré. Creo que la trajo Staszek y mi hermano la guardó, no quiso que sufra, me protegía, yo era la más sensible. Recién ahora la conozco. Está escrita en idisch. Primero escribió la tía Choja:

“Me duele la cabeza, porque hace un ratito salimos del sótano. Te agradezco mucho por haber contestado la carta de mamá. Te saludo y un beso de corazón.”

Y abajo, con letra despareja, mas grande, es mi mamá:

“Yo los saludo. Mamá Rosa.”

Es todo lo que se lee.

Y cuando ya me había acostumbrado a la luz amarilla del sótano, vi el mundo delante, y pensé que no sabía nada de la vida. Era verano y la luz del mundo me hizo cerrar los ojos. Por suerte estaba Max al lado para darme fuerzas. Alguien nos esperará con los brazos abiertos y nos dirán que la noche ya pasó. No tenemos que temer. Así me decía. Yo tenía miedo, más miedo de mí misma que de los otros. En cambio el abuelo estaba seguro de que ya habíamos conocido la infelicidad y ahora íbamos a vivir más sabios, queriendo a las personas cercanas y las cosas sencillas. No sé si después fue así.

Nunca extrañé el sótano, pero sigo buscando algo parecido a mi ciudad. Es cierto que todos estos años sufrí decepciones, pero al final de mi vida, encontré la tolerancia. Y pienso que, más oscuro es el principio de algo, más claro es el final.

Después que Max murió, y me quedé sola en esta casa demasiado grande, empecé a pensar, especialmente de noche, que es cuando aparecen los nombres y las caras. Me acuerdo cuando se le ocurrió llevarme a pasear por las cloacas, y las lauchas nos miraban como bichos raros, y el reflejo de la luz que llevaba al caño maestro fue como si viera el sol. Pensar que viví tantas cosas con las lauchas y ahora tengo miedo de una ratita.

Ustedes no sabían que yo había vivido tanto. Es que nunca quise llevarlos a las cosas tremendas. Ahora sé que ya nunca más veré Stanislawow y las palabras se me escapan y siento que por fin puedo contar. No es algo que apareció de golpe esta noche. Lo tenía desde antes, pero necesité un tiempo para olvidar. Siempre soñé con esto. Después vinieron otras preocupaciones, me fui olvidando. Pero nunca me olvidé, no es cierto, nunca. Me distraje. Es que a veces la vida nos obliga. A mí me obligó a que me guste Buenos Aires, porque es donde nació mi hijo y donde nacieron ustedes, y donde los esperó todos los días a la hora del almuerzo, y Jorge entra y me parece ver a Max. Tiene la misma sonrisa. Es hábil como él, ingenioso. Y sé que no odia a nadie.

Ya les contaré también de Paris, de los viajes en barco, del tranvía en Río de Janeiro, con la gente subida en el techo, todos los pueblos y las ciudades que estuvimos, los oficios del abuelo Max, de los milagros que nos ayudaron a vivir. Y los Cárpatos, y la primera vez que tomé vino en mi vida, y si me acuerdo, los cuentos que nos contaban mis abuelos. Les contaré todo lo que quieran saber sobre el abuelo Max, y que Jorge no

quería estudiar polaco y un día dijo que sí y nunca supe por qué. Las frambuesas riquísimas que teníamos, el krein, símbolo de la amargura, y la polenta, que se llamaba kolesha. El himno, algo que me quedó para toda la vida, “Polonia no perecerá mientras nosotros vivamos”. Si puedo, trataré de explicarles la diferencia entre los judíos polacos y los judíos alemanes, y les contaré también de mi primer noviecito, que era futbolista, y ustedes me contarán con quién están de novios.

Ahora estoy cansada, y no puedo seguir escribiendo. Un hilo de luz me llega desde la ventana, mancha la pared, es una palabra, un recuerdo nuevo. Mis manos ya conocen el temblor de la vejez y no me obedecen. Antes yo les ayudaba a cruzar la calle. Ahora necesito que ustedes me den la mano a mí. Quiero cruzar este desierto. Quiero acordarme de todo lo que pueda, como si lo estuviera viviendo hoy.

Un beso de la abuela Gisela.

Stanislawow, febrero de 1943.

Es el primer día, es el principio. Lo único que sé ahora es cómo llegamos aquí. Sé que estamos en la calle Kazimir Ofkovska, a dos cuadras de la Gestapo, y que mis padres quedaron en el gueto. Se llaman, él Isaac Fischer, y ella Rosa, Rosa Abosch. Él tiene 55 años, ella 50. Están sanos en el gueto. Así creo.

Nos movemos con una lámpara de kerosene, nada más. El aire es un poco húmedo. Nada escucho de afuera, tampoco deben escucharnos. Los coches militares, los caballos, la lluvia, los disparos, las palabras alemanas, nada. Es un horno, un horno que está frío. Dos metros por dos, nada más. Aquí pintaban bicicletas, en el fondo de la casa del polaco llamado Staszek, que nos protege. Es católico sincero, y sin embargo nos protege. Amigo de Max, mi marido, amigo de toda la vida. Nosotros también somos polacos, pero judíos. Nosotros, mi hermano Alter, Wanda, Max y yo. Aquí estamos.

Afuera anoche había nieve. Staszek estaba en la esquina, vestido de negro, sólo veíamos sus ojos y el vapor de la respiración. Cubierto por el frío y para que no lo vean, y dio la señal. Entonces, salimos del gueto de a uno, encogidos contra la pared, sin el brazalete. El guardia rondaba. Corrimos, corrimos.

En el horno, nos frotamos las piernas con hielo, huesos puros.

Ya es de noche otra vez. El polaco nos trae un poco de pan y de agua. Después se lleva las botellas y las latas y las vacía por atrás del jardín. No tenemos abrigo, no tenemos pieles. Las ropas buenas, los cuellos, las lanas, el cuero, los acolchados, los guantes, las medias, los forros, todo nos sacaron los alemanes. Poco, muy poco podíamos esconder, y nos quedaron sobras, sobras del cuerpo. Sobras del gueto.

Dos noches, tres, cuatro. El pan se acaba. Staszek está preocupado por su familia.

De las mantas sale una mano y busca la pared. Se apoya. Son paredes lisas, sin descascarar, y tienen capas del esmalte para las bicicletas. Paredes son, paredes amigas. La muerte está más lejos.

El techo tiene algunos agujeros. Así, respiramos. Sol no tenemos. El día no es más claro que la noche. Todo tiene que ser secreto, la hermana de Staszek es demasiado católica, como el padre, y puede llegar a odiarnos.

Este horno no era un futuro para más tiempo.

Bajemos al sótano, dice Max.

La entrada es por el cuarto de Staszek. Por ahora llevamos la lámpara de kerosene. Max y Staszek hablan de electricidad: la idea es conectar desde la calle. Nadie debe sospechar. Haber salido del gueto no quiere decir libertad, no quiere decir tranquilidad. Max dice: tenemos que inventar algo, tenemos que limpiar el sótano, pintar de cal las paredes, cubrir el piso con arpilleras. Pero Max quiere irse mañana mismo.

¿Adónde, adónde, Max?

Necesitamos luz. ¿Así empezó el mundo?

Hecho está, bien hecho, dice. Estira el brazo. La lámpara encendida le ilumina la palma de la mano. Electricidad gratis. Aprendido en la escuela soviética. Max se ríe. Algunos hombres tienen esta suerte de hacer con las manos todo lo que quieren. Tienen un cuerpo útil. Del tallercito de Staszek ya traen los calentadores. Nos sentamos alrededor de su luz roja, en círculos. Pronto vamos a volver a tomar sopa. Nos vuelve la ilusión. Desde este momento llamaremos a la noche luz.

Ahora el problema del agua. También necesitamos un baño. Pan y jabón también, son más importantes que la luz. En el gueto, el jabón era muy valioso. Lavar, lavar, el cuerpo de una cada día, las ropas, siempre las mismas, las que trajimos puestas. Ropas fuertes, nuestras propias manos las hicieron. Escaparon con nosotros. Resisten, resistirán hasta el fin de estos tiempos, hasta que un día, desde la puerta, escuche de nuevo la voz de mamá.

Staszek baja todos los días. Se queda un rato con nosotros, nos cuenta las noticias. De él dependemos para la comida. Papas, a veces cebollas. A veces solamente pan. No se habla de religión. La religión, qué tiene que ver con la vida, con el hombre, con la mujer. La religión es de cada uno, la conciencia de Dios.

¿Pero qué busca en nosotros Staszek? Cuando tarda en volver, me da este miedo que lo atraparon. Es bajito pero ágil, es rubio, usa anteojos de metal dorado. Me lo imagino por las veredas con algún paquete escondido entre las ropas, como si fuera un arma. En algún momento tiene que cruzar a los soldados y saludarlos en alemán, como hacen todos. Camina que parece que no sabe adónde va. Pero sabe, y es una idea que lo empuja y que lo atrae. La idea de su Cristo, la idea de llegar hasta nosotros. Y cuando llega, es otro miedo, un miedo más alejado. ¿Qué busca en nosotros, qué busca? Dice que estuvo hablando con el director del molino, el señor Smyk, y dice que tiene buenas noticias. Que una familia que va a traer plata. Plata para harina y para papas. Plata para pescado. Con suerte, no pasaremos más hambre. Pero si llega más gente, ¿dónde van a entrar papá y mamá?

Max me da una palmadita en el hombro. ¿Siente que mi cuerpo está débil? No puede ser que no vea mis lágrimas. Debe saber que me levanto una y otra vez a la noche y que el piso frío de los últimos escondites del gueto me hizo mal. Debe saber que mi cuerpo es el cuerpo de un fantasma y que pronto será como la luz del baño, tan débil que no da sombra.

Sí. Parece que va a llegar otra familia. A mí no quieren contarme lo que están hablando atrás porque saben que estoy sufriendo.

De dos camas del gueto, hicimos una cucheta.

Primero bajan dos hombres. Bajan despacio, pisando cada escalón. Todavía esperan una trampa hasta el último momento. Detrás llega una mujer con un chico en brazos. Es una luz, la madre, el hijo. Una luz que llena el hueco de la entrada y también el sótano entero. No somos los únicos, pienso, no somos los últimos, hay otros. Si éstos pudieron, con una criatura, quiere decir que papá y mamá todavía pueden llegar.

Una criatura.

Se llama Ariel. No llega a los dos años. Está callado. Mira a los hombres que bajan las cosas, algunas telas y mantas, cacerolas, una sartén, ropa, alcohol. Plata tienen poca y nada, apenas 300 zlotys. También bajan un carro de juguetes, de chapa, algunos con rueditas de madera. Ariel lo ve y se ríe con los ojos. Al llamado del padre se acerca a Wanda y le dice “carro”. Wanda quiere contestarle algo pero no se le ocurre o no puede. La mujer lo toma en brazos y después se lo lleva, cerca, más no se puede.

Los primeros días fueron incrédulos. Ariel sigue acercándose a Wanda. La madre tiene miedo que moleste, pero no molesta. Quiere saber cómo cocina. Wanda le sonrío. Él se queda y me mira. La madre ya está más confiada y me cuenta que estaban en un sótano adentro del gueto. No se imaginaba que había otra gente escondida afuera. Le pregunto por papá y por mamá. Si los vio, si los conoce.

Staszek no consigue harina.

Rosa: así se llama también la madre de Ariel. Es amable, y nos convidamos un vaso de té, pero cada una tiene su gusto. Ahora, las dos sabemos que no éramos los únicos escondidos en la ciudad. Todos estamos callados. ¿Sabemos de verdad o creemos saber? Entre ella y yo, hay muchos que saben y que no saben. No dicen nada. O no estaríamos más aquí.

Un mes sin mamá y papá. Un mes hablando en voz baja. Un mes sin luz. Las mujeres llevamos el tiempo en el cuerpo.

¿Qué hará mamá, ahora que no tiene que asistirme?

Alter y Wanda no deben estar lejos, pero no los escucho. Se apartan en su rincón, él con el cuerpo le tapa la oscuridad. Tienen más para llorar, por su bebida. Wanda está encargada de pelar las papas. Lo hace con mucho cuidado. La cáscara debe ser cortada muy suave. Alguien dice: no hay apuro. Pero hay apuro. Alter no se resiste. Enjuaga las cáscaras, y las vuelca con las rodajas en la olla. Ahora tiene sal en la palma. El agua es espesa, almidonada. Empieza a hervir. El otro octubre, todavía pelábamos papas en el comedor de la policía ucraniana. Era un trabajo que Max había conseguido por su conocimiento de tres de estos rusos. ¿Pero cómo se llamaba el cocinero gordo, que tenía las mejillas rojas? Sí, el que nos daba las sobras buenas para llevar a casa. A él le contamos la matanza, pero no quería creer. Un día le dijimos que ya no nos dejaban trabajar allí y entonces dijo: ustedes tenían razón. Nadie, nadie se puede acordar, de esto, de aquello.

Les daban una gorra negra con visera y un brazaletes mejor. En el gueto, pasaban ellos y atrás llegaban los alemanes. Decían que teníamos que colaborar. ¿Pero cómo se hace para traicionar? Entonces, los colgaron a todos de los postes del alumbrado, una noche, que ya no los necesitaban más. Yo los vi.

Max ya tiene ganas de contar, y dice que para Navidad la familia de Staszek lo invitaba a la cena, y comían pavo, papas, puré de manzanas, tortas, frutas secas. Y tomaban vino, bastante vino, y tomaban licor. El padre de Staszek quería que se hiciera católico, pero Max siempre pensó que el ateísmo es más verdadero. Come pensativo, despacio. Le gusta mucho comer, siempre fue así. Debe sentir mi mirada porque levanta la vista y me sonrío y me dice: estoy pensando en la profundidad de la napa.

Detrás de la manta colgada de una soga duermen los Semel.

Aquí no puede pasar nada entre hombres y mujeres.

La última comida caliente había sido antes de Rosh Hashaná.

Todo está escrito, con los detalles, en los recibos que nos entregaron. Ya nos habían sacado todo pero todavía nos seguían sacando. Pero algo pude guardar, aquí están, tapando mis manos, estos mitones forrados con cuero, porque se me metió en la cabeza que no se los daba y no se los daré, nunca.

¿Fue un capricho solamente?

Tienen los hombros y el cuello descubiertos. Se dan la mano. Al sol, sus rulos son color de miel, como los míos. Dos criaturas, las sobrinas, en malla. Descalzas, apoyadas en una piedra más alta que ellas, en la orilla del río. Es una foto del verano anteúltimo, que Max trajo bajo su camisa, desde que las mataron.

La noche, blanca y roja.

Staszek no lo quería decir, pero lo dijo. El gueto ya no existe. Fueron estas palabras, nada más. Yo no hubiera querido creer. Subí y miré por la ventana. Era un día de sol. A lo lejos, colgado de unos postes en la entrada del gueto, se veía el cartel escrito:

“Stanislawow libre de judíos”. Ahora el lugar del gueto es tierra devastada y mi mamá y mi papá se terminaron.

Dos palas. Los hombres están cavando. Cargan la tierra en el carro de Ariel y la suben. Staszek desparrama la tierra. Todas las noches el terreno crece. Los hombres trabajan, no paran de trabajar, no se entregan. Pero el trabajo también puede ser una forma de la muerte. Alemanes, ucranianos, espías polacos o Gestapos todos. Nos quieren matar. Asesinos todos. ¿Por qué, por qué? Es una pregunta sin respuesta. Pero me dicen hay que resistir, hay que aguantar.

Verónica, la hermana de Staszek, vio una aparición. Era de noche. Max salía de la casa, cargó dos baldes de agua en el barril que está al fondo y desapareció. Ella entró a la casa pero ya no había nadie.

Se ve la muerte todo el tiempo. En los otros y en mí, la siento sobre la cabeza, arriba de la tapa, rondando el jardín, de una esquina a la otra de esta calle. Entrarán, nos descubrirán, nos matarán a unos delante de los otros, como hicieron en el gueto. Si alguien queda vivo, algo quedará de mí, de papá, de mamá, de Max. Pero después que maten al último testigo nadie contará qué pasó, nada quedará escrito, porque la muerte habrá sido para todos.

Staszek rondaba el Abfallstofferfassung. Es el galpón donde juntan todas las pertenencias de los muertos. Max ya lo conoce. Tienen a otros judíos que limpian, empaquetan todo y después se lo llevan a Alemania. Es el último puchito que queda del gueto. A Max Feuer lo encontró por ahí. Parece ucraniano, de ojos azules y pelo rubio, y usa una cruz bastante grande en el pecho para disimular. Entre todos consiguieron un taladro, unos caños, una bomba.

Ya son seis que buscan la cloaca. Es Max que los manda. Uno de los que más ayuda se llama Elo Segal. Es más joven que yo. Max dice que tiene buenas manos. Mataba gallinas. Los otros ayudan. Pero sin Max no hay nada.

Siempre es de noche. Es la noche de afuera y es la noche de adentro, la noche nuestra, hecha para que no nos descubran. Ahora, cuando afuera es de noche, Staszek vacía el carrito cargado de tierra en el jardín. Es una pieza de cuatro por tres que pronto quedará terminada.

Son quince personas más a dos metros y medio bajo tierra, a dos metros y medio de la luz, como hormigas. Dos metros y medio. Arriba la persona más infeliz puede llorar a gritos, nosotros no. En el sótano hay que callar. Ésa es la disciplina. La angustia no sirve, el pensamiento no sirve. Todo lo que no sirve para sobrevivir se volverá contra nosotros.

Las ideas de muerte no descansan. Veo la muerte helada, la muerte en el fuego. En el gueto miraba el cuerpo de mi primito que murió en su cama y me daba envidia. Sentí vergüenza también, a los veintiún años querer morirme con tanta fuerza como se desea la vida, la felicidad. No aguantaba más ese miedo, la persecución que teníamos todo el día. Lo miraba, lo miraba, y pensaba qué suerte es morir con la propia muerte. Nosotros, ¿podemos elegir cómo será nuestra muerte? Porque la muerte puede aparecer aunque nadie la llame. Todo lo que pienso de la muerte es para mí, es todo lo que imagino a cada momento. Pero no le digo nada a nadie. Tampoco lloraré más, porque ya lloré para toda mi vida.

Ahora Max baja con dos viejos. No sé por qué tiene este entusiasmo. El mayor se llama Dziadzio Fingerer y es un señor viudo, judío alemán. Al otro lo presenta como su concuñado. El concuñado lo sigue en silencio, mira todo, mantiene la cabeza baja, las cejas juntas. Fingerer trajo con él cien monedas de oro de veinte dólares, y dice que son de la hermana muerta. Es todo lo que le quedó del gueto. Había sido de fortuna, la hermana. Un tesoro. Gracias a él seguiremos viviendo mucho tiempo. Max lo guarda en secreto. Los dos se sientan callados sobre la cucheta. El plato, las cucharas, la cama y el pedazo de pan son iguales para todos, también para Misku, que nos engañó y no era panadero ni sabía hacer pan, pero ya está aquí, y a nadie se le ocurriría echarlo. Aquí somos todos iguales, aquí viviremos, creciendo hacia abajo, raíces de una planta sin luz, sin agua, sin aire, aquí moriremos si la guerra no termina pronto.

A cada día se agrega alguien nuevo.

Elo Segal, Kuba Horn, Misku y Maryla, Semel, Danenberg, Feuer, Zygo Monciaz, Luschka, el señor Weis y su hija Mina. Algunos entran como si ya estuvieran libres y nos miran agradecidos. Las mujeres lloran y los hombres nos aprietan las manos. Se abrazan en silencio entre ellos, aprietan la cara de los chicos. Yo quisiera decirles que esto no es la libertad. Para ellos, sin embargo, el sótano es más que la libertad. Es Dios que existe, Dios que los escuchó y los acompaña. El Dios del amor puro, y el Dios que permite todos los males, la crueldad, la muerte. Un Dios con los brazos abiertos o los brazos cruzados. Dios que escucha, Dios que se calla. Dios que ve y no se mueve. Nosotros somos ese Dios.

¿Pero qué quiere decir libertad?

Max Feuer va al bosque y vuelve con gente. Usa cada vez la cruz en el pecho, los pantalones rojos, una blusa ucraniana y un sombrero de plumas. Trajo a Nunia vestida como una chica cristiana. Tiene seis años y Feuer pagó el rescate, porque el padre la había dado a los campesinos. Ella no dice nada, pasan los días y se acostumbra bien.

Pero hoy Feuer se apareció con el verdadero padre. Los vimos abrazarse llorando, y Nunia después reía, le vimos los dientes por primera vez. Antes no parecía tan linda. Y el padre verdadero de ella también se llama Isaac.

Ayer soñé con mi bicicleta. Íbamos por la calle de los Tilos. Yo te veía de perfil y te alejabas. Después dejabas que te alcanzara. Era como esa tarde que me fuiste a buscar al hotel Varsovia, y volvimos por el medio del pasto, y les contestaste en ruso a los soldados, entonces nos dejaron tranquilos. Y después los alemanes volvían a buscar a papá porque cambió su bicicleta por una bolsa de harina, pero yo corro y los alcanzo cuando están por entrar y les doy mi bicicleta. Es la bicicleta de mi papá, un error chiquito, un gran error, dice papá, juntando el dedo gordo y el índice, y reímos todos juntos aliviados, y ellos entran al cuartel de la Gestapo, nosotros damos media vuelta y volvemos a casa caminando. También sueño con mamá, sueño y la extraño. Pero no la veo, no aparece. A la hora de comer, pienso que es ella. Estaba en los veranos, también ella, cuando íbamos a Iavna y amasaba varenikes. En Iavna mamá se trataba del asma. Alquilábamos una cabaña de los gurales, los campesinos que usan chalecos de cuero forrados con la piel de cabra. Y en el bosque de pinos, con mi amiga, buscábamos hongos después de la lluvia. Allí había hongos y ramas con formas originales, nidos, flores, animalitos que miraban de lejos sin acercarse. Llamábamos a las ardillas con pan. Mis hermanos trepaban a los árboles y nosotras juntábamos cosas o jugábamos a escondernos. No me asusta el bosque oscuro, ni el ruido de los caballos desbocados entre los árboles. Siempre tuvimos bosques alrededor. Siempre fueron amigos. Ahora el bosque esconde gente, les da leña en invierno y para comer un musgo que les hincha la panza.

Wanda me pregunta en qué estoy pensando. Juntas recordamos el guefilte fish que comíamos, los pepinos, los melones, el krein, el tomate, el cacao. Nos acordamos del pan ruso hecho con cascarilla de centeno, melaza, polvo de paja. Nos acordamos de la manteca, del gulash y del chucrut. Los puerros, las cebollas, los ajos. La cerveza, el café con leche, el matze y el pan negro del gueto que ella se negaba a comer. Nos acordamos de lo bueno y de lo malo. Nos preguntamos, ¿por qué?, ¿por qué?

Encontraron la napa. Fue de casualidad, a seis metros. El agua es cristalina y potable. Max improvisa un piletón y un tanque de depósito. Si el agua desborda, se va para la cloaca. Ya tenemos dos piezas, un baño, agua corriente, luz eléctrica. Él se divierte, como siempre, y dice: aprovechen la guerra y laven con agua corriente, porque un día, un día, cuando salgamos, cargarán los baldes como antes. Y nadie conoce mejor la casa y el taller de Staszek. Trabajan de noche en el taller donde está el horno de pintura. Max baja de vuelta antes del amanecer. Es el fantasma de la casa de Staszek. Elo quiere ayudarlos, pero si son menos mejor. Tampoco nadie más sabe cuál es el oficio de Staszek, no saben que hace los mejores carruajes de Stanislawow. Staszek trabaja duro, no tiene problemas, es un artista. Pero a Max las manos le duelen. Caliente sopa para él. Espero que termine, espero sus manos. Una está caliente en la palma que sostenía el plato, la otra todavía está fría. Mis manos son un poco chicas para las tuyas. Son suaves, dice. Están calientes, no las saques. ¿Qué te pasó aquí? Es el hilo que corta, no es nada. ¿Y aquí? Me martillé clavando tachuelas. Ese carro va a quedar de lujo que no lo conocerías. Después le enseñarás a Staszek un poco de alemán. Cuatro o cinco cosas. Tiene que presentarse, tiene que decir lo que hace, y ofrecerles que vengan a ver la muestra. Ya no hay casi nieve. ¿Empezará la primavera?

Max quiso ocultarme su dolor.

Todas las noches quiero irme a dormir con los padres. No quiero morir como quieren que muera. No quiero morir entre las patas de las bestias. No quiero morir desnuda. Quiero vivir, Max.

Ya pasó otra semana, una semana de trabajo. El carro está listo, Staszek fue a buscar a los alemanes y les dejó el aviso de que preparaba coches especiales, a medida, y los invitó a que vean la muestra. Vendrán aquí, caminarán sobre nuestras cabezas.

Los carros. Me acuerdo que me habían dejado en casa de la abuela Raquel. Ella era una mujer audaz, así decían. Vivía en el campo, a 35 kilómetros de nuestra comarca. Mis

abuelos eran campesinos, y también tenían un negocito de telas. Mamá creció en ese lugar. Mamá también era audaz. ¿O no se escapó en carro a Checoslovaquia, ella sola, con Alter y Avrumchu que eran chicos, cuando papá estaba en la guerra? Las dos, mamá y mi abuela, sabían coser maravillas. Yo no. Yo salí más a papá, así dicen. Papá me había llevado a la casa de la abuela Raquel porque mi otro abuelo se estaba muriendo y no querían que estuviera presente. El ómnibus nos dejó lejos, y caminamos por un camino de tierra. De los dos lados había bosques y me acuerdo que hacía calor y me saqué el vestido, iba por el medio del bosque en combinación, y juntaba flores para llevarle un ramito a mi abuela.

Me quedé allí una semana, diez días. Pero escuchaba murmullos entre los abuelos. Se hablaba de algo, y yo pensé que el otro abuelo ya había muerto.

Una vez por semana alquilaban un carro, y la abuela viajaba toda la noche hasta Stanislawow, y aquí compraba cosas para ellos y para su negocio. Esa noche, eran las doce, salí a la puerta vestida y con mi bolsito, y le dije que me llevara con mis padres. Todo esto me lo acuerdo perfectamente. Ella subió al carro con el conductor, yo me acosté atrás sobre la paja, me quedé dormida. Me desperté y llegábamos a Stanislawow.

Amanecía. Amanece.

Es este día. Llegó el grupo de oficiales de las SS. Staszek los lleva al taller. Max se esconde en el horno y escucha todo por los agujeros de la ventilación. Sabe alemán, tan bien como yo. Staszek, con lo poco que le enseñé, contesta a todo que sí y repite alguna palabra conocida.

Los idiomas están hechos para que la gente no se entienda.

Ya son quince minutos totales. Nadie abrió la puerta del horno. Staszek no se equivocó. Los alemanes hacen un pedido, y se van. Max sale del horno y se une a

Staszek, como dos mitades: uno dice qué querían los alemanes, el otro cómo hay que hacerlo. Amigos, amigos para siempre.

Callemos, ahora, otra vez.

Oigo voces en la oscuridad, murmullos. Son dos que no se quieren perder y piden que la otra persona aparezca en sus sueños. Alguien le habla a Dios. Otro hace preguntas imposibles. Son cuerpos desparramados. ¿De quiénes son? Entre mis propios sueños aparecen los nombres. No quiero molestar a Max, y entonces los pronuncio en voz baja también. Nombres reales o no. Apellidos de familia, y sin embargo la persona que lo lleva es extraña para mí, es un nombre de adentro y un número de afuera que se confunden. Helman, Faivel, Weis, nombres de la luz. Nombres que hablan de Dios también: Yehuda, Miguel, Isaac. A Fingerer le dicen el Abuelito y al otro el Campesino. Están todo el día solos entre sí. Elo Segal, Kuba Horn, Semel, Misku y Maryla, Danenberg, Feuer, Fink, Luschka. Hay hombres que perdieron sus mujeres. Algunos llegaron del bosque, escapando a los ucranianos del invierno. De algún lado aparecieron otros, chispas de una piedra. El viejo pensativo se aparta, agarra la tajada de pan que le toca, se lo lleva a un rincón un poco más oscuro en la oscuridad y se sienta en el aire.

Cierro los ojos. Una sola voz ha quedado en mi cabeza. Parece llegar desde afuera y entonces me sobresalto. La voz solamente pide. Es dura, es seca. Pide cosas que alguien le alcanza, apenas dice los nombres. La persona está inmóvil. Yo escucho. Es lo único que puedo hacer. Tampoco me muevo. El sueño me llega. Es una ola cálida y blanda, como era mi cama de casa, que parecía cubierta de plumas. En la sala, Avrumchu juega

a las cartas con sus amigos. Papá se va a enojar si siguen haciendo ruido. No puedo terminar de dormirme. Me doy vuelta y veo el globo terráqueo caído sobre el escritorio y las páginas del diccionario que vuelan, igual que mis cuadernos. Ahora necesito pensar en lo que pasó, en los conocidos de mi vida. Quién me lastimó, quién mostró el mal como una herida, sin palabras. Buscaré el bien y el mal cada día que pase, aquí o en otro lugar, en el miedo de la gente, en el amor a los animales del bosque o a los viejos que miran desde las puertas de sus casas. Buscaré el bien donde parece haber solamente mal, y el mal donde la luz entró hace mucho tiempo.

Luz, la palabra que más se me ocurre.

Es imposible recibir más gente, y sin embargo siguen llegando. Muy pocos me son conocidos de antes, y a medida que pasan los días es más difícil saber si realmente los conocía o si los veo por primera vez en mi vida. Cierro los ojos una vez más. Los escucho dormitar, respiran, roncan. No hablan nunca en sueños, no gritan. Es el miedo que sabe adaptarse, el silencio llegó hasta las profundidades y ahora las peores pesadillas se tienen despierto. Estos hombres nuevos también llegaron del bosque. Uno devora el pan que le da Max. Está desesperado. Todos los miramos callados. Una horma entera de pan sin respirar, sin levantar la cara. Se llama Mundek Kremnizer. Es dentista también. Los otros son Finkelstajn. En el bosque comían hongos hasta que la nieve cubrió todo, pasto. Mundek llegó a comerse la suela de los zapatos. Un sufrimiento no lo abandona. Finkelstajn nos cuenta, él no, que la mujer y la hija murieron de inanición. Agarra la cuchara pero no come, traga. Parece ser un hombre fuerte y delicado, pero cuando está frente al pan o la sopa es como si entrara en una lucha. Tiene que morder, tiene que despedazar. Sin embargo es generoso. No mide el pan, como otros, que siempre reclaman por unas migajas. Pero pelea contra su pan hasta acabarlo. Un pan, todo el mundo.

¿Te acordás cuando aprendimos a nadar en el río naturalmente? Max, pronto florecerán las ramas de bess en los árboles del camino a Rosulna, ramas cargadas de flores como la que cortaste para mí la tarde de nuestro casamiento, tu regalo de bodas.

La vida natural todavía puede florecer en un árbol o en una persona, y sigue funcionando como un reloj suizo. Es también como la tierra, que sigue girando ciega, y el sol, siempre encendido. Pero en Rosulna ya no vive ningún pariente. Ya no podemos recorrer aquel camino que conocíamos tan bien, de tanto hacerlo, donde las bicicletas andaban solas sin pisar los pozos y buscaban solas el lado de la sombra de los pinos, así como los caballos buscan las hojas tiernas de los arbustos. La última vez, ¿fue el día que nos casamos? En mayo se cumplirá un año. Yo andaba un poco sobre el aire, y me dejaba llevar, y apretaba mi ramo de flores contra el pecho. En el camino, cruzamos las carretillas que llevaban chicos muertos, y eran puros huesos de hambre y de cólera. No, la naturaleza nunca fue justa, pero todavía está en nosotros, porque la sangre corre más rápido cuando sabemos que otra vez es primavera. Y es primavera en tu cuerpo fornido, es primavera en mi cuerpo que me daba vergüenza hasta que me convenciste con dulces palabras de amor. No olvido, Max. Nunca olvidaré tus palabras.

A la tarde, lavando, las mujeres hablamos más que otras veces. Yo pienso en la lluvia, en las flores, los pensamientos, que es lo que más me queda en la memoria. Un vestidito de seda azul fruncido, un vestidito hecho en América. Mis cuellos de piel. ¿Y el día de mañana? Todo lo suave, todo lo limpio, pero bien limpio. Con mucho jabón, planchado y almidonado, sin remiendos. Y los colores. Ya me olvidaba los colores. Los colores que llevamos aquí, en nuestros pocos vestidos, están pálidos y opacos. Las medidas equivocadas. Son ropas de otros, los que éramos antes, y ahora no se ajustan a nuestro nuevo cuerpo envejecido. Se deshilachan, aunque están limpias, porque no falta el tiempo ni el agua, y hay algo de jabón. Y sigo viendo ese vestidito, que lo agarró la lluvia, pienso en el agua de lluvia con yemas de huevo que nos poníamos para el pelo, y ahora las usaría para comer, nada más que comer. ¿Qué elegirías? No nos decidimos con Mina Weis, ¿un vestidito o una docena de huevos?

Con la plata que los alemanes le pagaron a Staszek por el carruaje compramos en el mercado negro cebollas, papas, conservas, hasta sardinas en lata y madera para revestir las paredes del sótano, porque la humedad empieza a cavarnos los huesos de noche y no nos deja dormir bien. Y el pan cómplice nuestro, Staszek lo trae del molino del señor

Smyk. Nos da una bolsa de harina por semana. Staszek la trae en el carro, y si se cruza con alguien le dice que es yeso, como él siempre anda haciendo arreglos en la casa.

Entre todos nosotros, él es quien está más cerca del bien puro. Yo, antes, nunca me pregunté en mi vida por la bondad. Seguramente fui buena y fui mala con mi familia y con mis amigos, como son todas las personas que viven. Pero saber si fui buena o mala no quiere decir una sola palabra sobre la bondad y la maldad. ¿Qué es el bien? El agua y el aire dejaron de existir, y la persona extiende el alma sin arrugas, como una juventud. Ninguna sombra de egoísmo le toca el corazón, y entonces quiere repartir lo que tiene y lo que no tiene, y así hasta el robo y la mentira pueden ser el bien, si gracias a ello los panes se multiplican, las mesas están bien servidas y los hijos reciben obsequios y bendiciones. ¿Es posible entonces creer en la bondad? Y si sobrevivimos, ¿encontraremos la gran bondad? El odio que hay en nosotros, ¿será más bondad?

Staszek también debe haber hecho mal, por ignorancia o por mala memoria. Lo hirieron, a alguien hirió, sufrió, hizo sufrir.

Ya no soy Guitele. Aprendí a robar y a mentir. Descubrí el mal, y el mal me descubrió a mí.

Cuando papá nació, los apellidos todavía estaban frescos. Hacía menos de cien años que el emperador de Austria había obligado a los judíos a empadronarse con nombre y apellido. Su padre, mi abuelo, se llamaba Fischer, y su madre se llamaba Gisela Glaubak. Ellos también vivían en el campo. Mi padre entonces era chico y el abuelo le pidió a un vecino que iba a la ciudad que lo anotara. Y este campesino, cuando llegó a la ciudad ya se había olvidado el nombre, y mi papá entonces quedó llamándose Isaac Gleis, pero todos lo llamaban Fischer. Nosotros fuimos Fischer toda la primaria. Y cuando mis hermanos fueron al gimnasio había que presentar la partida y entonces a partir de ahí quedamos Gleis. Muchas veces a mamá los vecinos la llamaban también por el nombre de Miller, por el molino de papá. Los amigos de mi hermano le preguntaban, ¿Señora Fischer, puede venir Gleis a jugar? Pero entre nosotros nos decimos Alter, Avrumchu, Gicia. De chica, a veces, papá me llamaba cariñosamente

Fayguele, y yo ahora pienso tanto en los pajaritos. Pienso por qué no soy un pájaro, por qué estoy aquí adentro. ¿Por qué no estaré suelta, viviendo entre los árboles, en el aire, en la luz?

El sueño llega de nuevo y me envuelve. Rojo. Negro.

Sí. Hay que avisarle a Avrumchu. Alter dice que no podemos, que es un riesgo. Todo es riesgo. Pero tiene que saber qué pasó. Pronto, pronto, cuando todo termine, lo buscaremos.

Avrumchu y Alter, mis hermanos. De chicos eran los más unidos, después se separaron. Avrumchu se fue a estudiar medicina a Bruselas. Alter se quedó, estudió aquí para dentista, y después empezó la guerra, y lo mandaron al frente de Alemania. Fue preso, se escapó, cruzó la frontera entre Rusia y Alemania en Przemyl, a 250 kilómetros de Stanislawow. Fueron seis meses, y un día volvió. Avrumchu también quería volver, porque los rusos estaban en la ciudad y él les tenía simpatía, como Max antes de conocerlos, como tantos otros. Pero nosotros ya sabíamos la mentira que eran, y desde casa lo bombardeábamos con cartas de que no vuelva. Mientras tanto, yo juntaba un álbum con todas las postales de Bruselas que mandaba mi hermano. Conocía Bruselas de memoria por fotos, como de chicos cuando jugábamos a buscar nombres de ciudades en el atlas y él me dejaba ganar, o no, porque en geografía yo era muy buena. La historia no me gustaba, por las guerras y por todo lo que me había contado mi papá y que ahora se repite. Y después nos llegó esta carta que decía: a partir de ahora, escriban a nombre de Albert Gleis, y contaba cómo había hecho la fila cada mañana en la puerta del juzgado, la fila de los que querían dejar de llamarse Adolf.

Entonces, nosotros también hacíamos fila todos los días, hasta que los rusos nos daban papas o un pan de cascarilla de centeno o té. Pero él estaba en Bruselas. Él había ido en tren hasta Gdansk, cambiando en Lublín y en Varsovia, y después en barco por el Báltico y el Mar del Norte, y también desembarcando en Ostende, donde tomó el último tren. Todo lo que hizo para no pisar Alemania. Y desde Stanislawow yo recorrí todo ese camino con él por sus cartas, iba en vagones de madera oscura, durmiendo incómoda y

comiendo pan y queso todavía envueltos por mamá, y vi la asombrosa estación de Varsovia rodeada de catedrales y un barrio de mujeres desgraciadas, y el mar. El mar, lo que más me hubiera impresionado conocer en mi vida.

Y en el juzgado de Bruselas Avrumchu esperaba su turno con las manos en los bolsillos, hambriento seguramente aunque en las cartas no lo diga, porque la bolsa que le mandaba papá le alcanzaba mal y tampoco lo que le daban unos pintores por posar para ellos. Porque Avrumchu tiene buen físico, aunque no es tan fuerte como Alter ni tan bueno de cara, más parecido a mamá. Una vez escribió: si te dijeran que vas a tener otro nombre, que no te eligieron los padres, en otra lengua. No me acostumbro a mi propio nombre, Albert Gleis, pronto Doctor Gleis, es extraño, fue más cómodo cambiar de país, de ciudad y de idioma. Entre nosotros ya se comentaba la noticia, que los alemanes planeaban obligarnos a que todos los judíos tengan el mismo nombre, Israel, y Sara las mujeres. En casa estábamos tan orgullosos de Albert, y mamá lloró. Los rusos ya habían escrito IEVREI en nuestros pasaportes. Y nosotros le decíamos otra vez: no vuelvas, que no se te ocurra, terminarás tu estudio allí, Albert no sabemos por qué.

¿Dónde estará mi hermano?

Sol no tenemos.

Lamemos los platos cuando no nos ven, o eso creo.

Max se asoma sobre mi cabeza y con una sonrisa espera que yo despierte. Staszek vuelve a bajar con las papas o la sal como si cumpliera siempre el mismo movimiento desde la superficie, sin saber el tiempo que pasó y el tiempo que puede pasar hasta que salgamos. Alter aprieta con su mano fuerte la mano de Wanda, y entre los dos sostienen algo que apenas se ve. Esta mañana, temprano, Ariel despertó a la madre. Mamita, mamita, decía, y le tocaba la cara. La madre lo quería callar. Es la primera vez que Ariel levanta la voz. Casi todos estaban durmiendo. Mamita, decía Ariel, el sol, aquí, el sol. El sol, mamita. Todos abrimos los ojos.

Era la lámpara, encendida, en el baño.

Ya somos más de treinta personas, todos más viejos de lo que somos. Chicos criados en el encierro, mujeres sin carne y hombres sin dientes. Max tiene siempre buen físico, las piernas fuertes de ciclista, los brazos de nadador. A veces sube, y se afeita, y es el único que lo hace. El Abuelito, el Campesino, el cuñado de Semel y el señor Zygo se dejaron crecer la barba que se habían tenido que cortar en el gueto, otros la traían del bosque, despereja, abrigada, como un musgo que va creciendo. La barba negra y larga, la piel muy blanca y suave. Empalidecemos, parecemos débiles, pero seguimos cavando.

La madre de Staszek algo sabe, pero no baja al sótano. Algo sabe, pero no quiere ver, y el que no ve no sabe. Pueden preguntarle y no sabe. Puede preguntarse a sí misma y dice que no sabe. Al propio Staszek no le pregunta adónde va. Nunca le preguntó por Max, y ella sabe muy bien qué unidos eran, que no lo iba a dejar sólo, y ahora sin explicaciones, sin preguntas, le da un paquete con ropas de mujer que ya no le sirven. Todavía algunas personas son fieles a las leyes antiguas, más humanas. Callan cuando tienen que callar, gritan cuando la propia vida o la vida de otra persona está en peligro. No todos se vuelven traidores o asesinan cuando les dan un arma. Alguien nos salva, a alguien salvaremos nosotros, dice Max. Y desde que estamos habla de salvar gente de valor. Quiere decir educación. Pero ya no queda inteligencia judía, porque a todos ellos los cargaron en camiones al principio, y creían que los llevaban a otra ciudad y les

hicieron cavar las propias fosas en el bosque. Y nadie creyó porque no habíamos visto. Eran intelectuales, eran profesionales. Max le dice a Staszek, salvamos tantos judíos que no tienen ningún valor cultural. Salvamos mecánicos, comerciantes, dos dentistas, panaderos, campesinos. Para los nazis, valemos 500 zlotys cada uno. Es para el futuro, dicen, para el progreso de la sociedad. No tenemos médicos. Los médicos son muy valiosos. Por una amiga que trabaja en la farmacia del hospital nos enteramos de que algunos todavía viven. Tenemos que traerlos con nosotros. Todos estamos de acuerdo, pero ya mismo no hay lugar para nadie. Max insiste. Nadie le dijo nada, estoy segura, porque nadie sabe. Y nadie sabe porque todavía no se nota.

¿Y si Max sabe también, sin saberlo?

Un hijo, eso es, un hijo.

Hace seis días que los hombres están excavando, solamente seis días. Es una cadena con la tierra hasta arriba y el nivel del jardín aumenta. Una cadena de brazos de tierra negra. La habitación nueva ya tiene su baño oculto detrás de la mampara de madera, y el cielorraso y las paredes también revestidas. Un cuarto de lujo como para doctores. Max y Staszek dicen que no corre napa debajo, así que el piso no lo revisten. Pero igual es tan silencioso como las arpilleras, y es más fácil barrerlo. Hace falta limpiar, limpiar siempre. Cualquier enfermedad sería un desastre, y en la vida siempre aparecen enfermedades nuevas. Para eso están los médicos. Y por eso Staszek fue al hospital, a buscarlos. Pero volvió con las manos vacías, porque los médicos tenían la resistencia a abandonar el puesto de trabajo. Parecían muy dedicados al deber. También le desconfiaban. Él es católico, y rubio y de ojos celestes. Vamos a tener que ir juntos, dice Max. Es una locura, pienso, pero a Staszek le parece bien.

Fueron de noche. Max habló con ellos en idish. Uno de los médicos había sido conocido suyo y de su familia. Le dijo que no quería vivir más, que ya no tenía objeto para vivir. A toda mi familia la mataron, dijo. Staszek les explicó, los necesitamos, cómo

sobreviviremos. Al final, se dejaron convencer. Y mandaron todas sus cosas, los libros de medicina, las notas de ciencia, algunas cartas. Iremos a la noche, dijeron.

Qué son, qué nos imaginamos. Cómo son los médicos, le pregunta Rosa Semel a Max. A los doctores los veneramos mucho, a los médicos, a los intelectuales. Mi propio hermano tiene estas dos virtudes. Era casi médico y además escribía desde Bruselas cartas que se publicaban en los diarios. Notas de la actualidad, opiniones por la situación de Europa. Y yo las leía una y otra vez sin cansarme, de memoria, encantada. Con Gisela Hochman también soñábamos ser mujeres judías de mucho valor intelectual. Juana de Arco era un símbolo para nosotras. Gisela siempre fue muy fuerte, no sé qué veía en mí. Max nunca la conoció. Oyó hablar mucho de ella, cuando me llegó la cadenita de oro por correo. Y todavía no éramos nada, pero estaba celoso de todo y tampoco le gustaba que fuera sionista. El tiempo pasó, y desde que no nos vimos ya es muy diferente para las dos. Cuando se fue, sola, tan lejos, me pareció una locura, algo imposible. Ahora, en Palestina, ya será abogada, y yo aquí, enterrada, esperando, sin ningún mérito en la vida.

Médicos y abogados. El médico mío me llamaba Greta Garbo. A mí me gustaba recitar poemas, y que me confundan con una actriz. Me gustaba, y recitaba y cada vez soñaba con el cine, Clark Gable, Tom Mix, Carlitos Chaplin. Era muy romántica. Veía a Fred Astaire, bailaba fox-trot, tango, vals. Pero lo que más quería era cantar en el coro. Mamá, en casa, cantaba valeses en alemán y en idish, ese idioma desfigurado, y yo me imaginaba que con su voz hubiera sido una gran cantante lírica. Pero sufría asma, y estaba atenta a la respiración, esperando aquella amenaza. Vitrola no teníamos, ni radio, pero fuimos a ver ópera en el teatro y las canciones me quedaron grabadas, y las repetíamos juntas, o cantábamos mientras la ayudaba a preparar la cena sabática donde se tomaba el alcohol puro. Y juntas, los martes y los viernes hacíamos la compra en la feria. Azúcar, huevos, té, pescado fresco y salchichas envueltas en papel encerado. Comprábamos todas las verduras, repollo, papas, cebollas, rábanos, zanahorias, remolachas y frutas: melones, manzanas, naranjas, frambuesas. Harina no precisábamos comprar. Y los viernes a la noche yo leía el diario para todos. En la cabecera de la mesa

estaba el retrato de Herzl, que miraba a la derecha, y la barba negra le tapaba la boca y el nudo de la corbata. De él se hablaba más que con respeto, como de Heine, de Peretz o de Scholem Aleijem. Sabíamos que al entierro de Peretz en Varsovia habían ido cien mil personas. Más que toda la población de Stanislawow. Fue en 1915, papá estaba preso de los rusos en Siberia y desde allí se enteró.

Mamá se sentaba sola, en la sala, en penumbra, a un costado de la ventana, bien erguida en la silla, cosía y tejía, y yo la miraba hacer y deshacer. Sentía envidia. ¿Por qué ella era tan hábil para la costura y el tejido, y yo no? Era esa envidia o amor que nada más las mujeres sentimos por otra mujer que es mejor en algún sentimiento de la vida o en la hermosura. Yo era una nena, y empezaba a preguntarme por qué las personas eran distintas, y hasta dos hermanos venidos de la misma madre podían sentir distinto, y en un momento hacerse enemigos.

Todavía las telas se me hacen extrañas, se resisten a mi voluntad de mis manos. Veo mis manos perdidas entre costuras, solapas, pliegues, y no puedo llenarlos, como si fueran de otra. Pero también las amigas eran distintas, y si nuestros gustos no coincidían, nos abandonábamos, enojadas con el problema sin solución, y cada una se refugiaba en su pensamiento. ¿Y en qué pensaba yo entonces? ¿Buscaba con el pensamiento a mi papá? Éramos parte de lo mismo pero nos rechazábamos con violencia, como extraños. A veces entre papá y Avrumchu, entre mis hermanos, entre mi papá y yo. En esos momentos yo era una chiquilina, y me juraba para siempre, ningún amor así, ninguna familia. Un día, me acuerdo, saltaba en la calle y pisé ramas. Los sábados no se pueden romper los árboles, dijo mamá. ¿Qué otra cosa para prohibir tenés en la cabeza?, le contesté. Me daba rabia y remordimiento cuando me exigió que tengo que estudiar corte y confección con la señora Klein, la modista que da cursos y además nos usa como mano de obra. Eso me indignaba. Tampoco me gustaba la persona, para nada. Pero mamá decía que a ella y a su madre les había servido mucho. También decía que en épocas difíciles siempre se puede conseguir algún trabajo de costura. Pero la experiencia del padre o de la madre a los hijos no les sirve. Tampoco la experiencia de la guerra. ¿De dónde nos viene esta fuerza de no dejarnos dominar? Ni de la religión, ni de la historia,

ni de los brotes del verano que dicen que empiezan a verse allá afuera. Tampoco de la esperanza. Estas cosas existen para otros. Para nosotros, solamente es esperar, esperar.

¿Quiénes son ellos?

Hojeamos los libros de medicina, sin provecho. Es el único papel impreso o no que tenemos. Tampoco hay con qué escribir, y nadie tiene la especialidad. Apartarse, además, sería una falta de respeto. Lo que son los verdaderos libros están en la memoria de cada uno. Max, la Ilíada. Yo, todo Verne, y Salgari, y Los tres mosqueteros, más tarde Sienkewicz. Mamá, me acuerdo, leía Goethe en alemán, libros de pura música, libros sagrados. Como la Biblia de Staszek. Y el Campesino discute, no sé con quién, y dice que según el Talmud, el que sigue los consejos de su mujer va al infierno. O es ignorante el libro, o es ignorante él. No quiere ver que las mujeres aguantamos más. Algo nos hace más fuertes frente al mal. No entiende que las mujeres son personajes, apariencias. Parecemos más dulces, parecemos más débiles, parecemos peores.

La noche que iban a llegar los médicos los esperábamos con una sopa espesa, pan y latas de sardinas. Una cena de bienvenida. El sótano limpio, las ropas lavadas. Staszek fue a buscarlos y la chica amiga de la farmacia le dijo que habían llegado los alemanes para matarlos, pero ellos ya se habían suicidado con cianuro.

Staszek, los alemanes te estarán buscando. Es mejor que digas que te vas a Cracovia por una semana.

Llegamos a junio. Mi cuerpo, un poco menos huesudo que hace seis meses, pero hinchado, menos flojo, acostumbrado al espacio pequeño, al movimiento breve. Mi respiración es corta y pareja, como si ahorrara el aire, que debe ser de todos. Staszek es uno más escondido entre nosotros. Algunas novedades sabemos, sabemos algo de Stalingrado. Se dice que los alemanes están volviendo. Preguntar es peligroso, pero la vida crece.

Mina Danenberg le pregunta al padre por el gueto. ¿Cómo lo hicieron? Entonces los hombres discuten. Dicen que algunos plantaron los tablones y los postes, otros levantaron el alambre. Kuba Horn y el cuñado de Danenberg dicen que la primera garita estuvo en la calle Kasimierzowska. El señor Zygo dice no, porque antes del amanecer él ya vio la alambrada de púa a lo largo de toda la calle, y las garitas fueron lo último. Después, Max Feuer pone las dos manos delante de la cara de Mina, que no entiende. Una mañana vimos lo que nadie había visto nunca antes, dice. Pero no dice qué.

Nosotros estábamos en la misma casa de toda la vida, pero de repente estábamos adentro del gueto. Una casita de tres piezas, con luz eléctrica, en la calle Hoovera. La gente llegaba apurada buscando un lugar. Había que ubicarse. Todos iban de aquí para allá con paquetes, valijas, camas, maderas, un acolchado, un reloj, una mesa, libros, cosas sin valor. Lo importante era tener algo propio que llevar, no irse sin nada. Y allí se concentraron de todos los pueblitos de los alrededores, de Sniatyn, de Kolomyia, de todos. Cincuenta mil, o más. Allí estuvimos. En la entrada había una barrera de tren roja y blanca, y un centinela. Allí, todos los días, había razzias, y primera de todas era la policía judía. A veces iban por las buenas y trataban de convencernos: no se rebelen, vayan donde dicen que van. Ya sabíamos, era para matarnos. Llevaban una gorrita con la visera negra, y si venían por la fuerza, traían un hacha o un palo. Y después llegaba un

polaco o un ucraniano con una pistola. Últimamente los alemanes, con ametralladoras y granadas de mano. Y a ellos había que entregarles las pieles, las últimas cosas de valor que nos quedaban, bicicletas, abrigos, vajilla, lámparas. De cada propiedad que les dábamos entregaban un recibo con detalles. Y les dábamos las maderas de nuestros bosques, el lino de los campos, los rabanitos que se llevaban en trenes atravesando el país sin parar. Trenes largos, apurados por llegar a Alemania. Ni la tierra donde pasan es de otros para ellos. Y los polacos que saqueaban las casas y cambiaban los trajes por veinte kilos de papas, zapatos por harina, por arvejas. Y de todo se decían versiones, y todo cambiaba cada día.

Las mañanas un soldado alemán recogía a Max en la garita de la entrada y lo llevaba al trabajo, porque Max estaba arreglando las máquinas en una textil, y allí comía, allí robaba un poco de hilo, jabón, con suerte una herramienta, con mucha suerte. El judío caminaba por la calle y el soldado por la vereda. Un día, el soldado le dice qué te pasa. Max que es muy conversador ese día iba triste. Es el cumpleaños de mi novia, le dijo al soldado. Qué le podía explicar. A la tarde, cuando lo está llevando de vuelta, el soldado le alcanza un paquetito. Tomá, le dice, es para la novia. Era un sandwichito de pan con manteca. Y un manjar tan rico no sé si comí nunca en mi vida. Me ahogaba, me reía.

Fue el último cumpleaños mío.

No hay fechas, no hay fiestas. El tiempo pasa en general, pasa sin marcas, liso, sin medidas tampoco. Está la sopa, está el pan que Max pesa en la balanza para todos, está el sueño. La noche parece que dura un siglo. Me despierto con el hambre, lista para el té y para el pan. Max dice si me siento bien. Bastante. Pregunta si me puedo dormir. Siento pasar las horas, y cuando me duermo justo empiezan los movimientos, el agua, voces, toses, luz. Durante el día no se puede dormir. Es el reglamento. Entonces el día se arrastra como un caracol. De los cumpleaños no se habla, ni siquiera de los chicos. Son demasiados recuerdos, y nadie quiere aceptar que el tiempo pasa así, que aquí envejecemos y aquí moriremos. Prefieren imaginar que están afuera de la vida, que esto

es aparte, que la vida de uno está afuera, esperando nuestra salida para seguir viviéndola. Pero es aquí donde estamos enterrados, esta es nuestra única vida verdadera.

Sin querer hablamos del futuro. La esperanza nuestra es que el hijo nazca en libertad. Será en diciembre. Y cuando Staszek dice que los alemanes están volviendo, perdidos en Stalingrado, entonces creo que será posible, y diciembre me parece palabra más que mágica, la libertad y el nombre del hijo juntos, y el nombre de nuestros padres en nuestro hijo, la vida que conocíamos, sin locura de muerte, sin locura de odio.

Nieve. En una de las piezas de casa estamos mamá, papá, Max, Alter, Wanda, mis tíos, mi primito, la madre de Max. Estamos silenciosos, sin voluntad de hablar, adelgazados. El gueto se achica cada vez más y ya no corresponde salir, trabajar, abrigarse, comer, estar solos. El pud de harina cuesta cinco dólares. Todavía falta para las nueve, pero ya nadie tiene abrigos ni ganas de salir a la calle. De todo se dicen versiones, y todo cambia cada día. Los límites se acercan. Hay que estar siempre atentos. El brazalete es blanco con la estrella de David azul. Hay que llevarlo en el brazo derecho por la calle y adentro. Si entra una patrulla a la casa y uno está sin brazalete, lo matan. Algunos son de papel, otros de lino bordado. Brazaletes de cincuenta grozys o de dos zlotys. Por tener el brazalete sucio o arrugado ya es un castigo. Eligen la cabeza y ahí golpean. Algunos lo llevan sobre el músculo, a la distancia justa entre el hombro y el codo, y otros fijo alrededor del antebrazo, casi en la manga, el brazalete de los que se entregan, y ya no tienen fuerzas para rascarse. Un solo piojo ya es la muerte, dicen. Piojos blancos, piojos del cuerpo. Y si él aparece, estás condenada a aplastarlo, blanco, como el algodón que miraba mamá.

Dos polacos alemanes entraron a la casa de mi primo Samuel que estaba en el frente. Violaron a la mujer delante de sus padres y después le dieron un tiro.

Nos arrearán hasta la muerte.

Una tarde estábamos todos en fila. Nos daban números a cada uno, A, B, C. A los que tenían C los mandaban al Molino de Rudolf. Yo tenía C. Me tocó mi turno y el de adelante me preguntó qué letra tenía. Dije A. No se por qué dije A. Me fui. La letra C era la muerte.

Otro día, fila para casarse. Me dieron una Arbeitskarte, y trabajaba en un huerto que había organizado un tal Zweig, en el basurero, atrás del hospital. Allí fue a buscarme mi hermano muy apurado con los documentos. Adónde vamos, le dije. Te vas a casar. ¿A casar? ¿Cómo me voy a casar? ¿Con quién? Con Max. Estás loco. Porque era un amor nuestro, no para casamiento. Pero ya se hablaba de los campos, y ahora estaban diciendo que iban a deportar primero a los solteros, y primero a los hombres.

Y esperamos horas para casarnos. Algunas parejas no se conocían antes de entrar, otras se juntaban en la fila. El juez preguntaba y le respondían cualquier cosa. ¿Y qué quiere que haga? O sino, ¿queda otro remedio? Yo no dije que me había mandado mi hermano. Porque nos queremos, dijimos, cuando nos preguntó, y el juez levantó los brazos, aliviado. Alter se ríe mucho cuando Max cuenta esta historia. Se alegra de vernos juntos, está orgulloso. Y aunque nos habíamos casado para que no nos deporten, mi mamá igual lloró, y Max quiso ir a casa de mi prima y en el camino me dio el ramo de flores y el primer beso, en la mejilla, pero no se lo conté a nadie.

Otra noche se incendió el establo y nos sacaron a todos de las casas. Teníamos que cargar cubos de agua de diez litros. Otra cadena, cadenas de tierra, cadenas de agua. Los soldados aprovechaban: un cubo, una patada en la espalda. Las vacas escapaban por la ciudad y quienes las cuidaban desaparecieron para siempre. Al amanecer, un grupo de religiosos llevó las vacas que quedaban a la Gestapo, y tampoco volvieron. Yo pensaba en el rabino que tiraron vivo al fuego. Él también pensaría. No se debe dejar de pensar nunca, no se puede dejar de pensar, hasta el último momento. El fuego lo envolvía, al principio sus ropas, las atravesó, y seguía pensando. ¿Qué puede pensar alguien en ese instante? ¿En el dolor del cuerpo? ¿En los seres queridos, en sus asesinos, en su Dios? Todo desapareció, todo, las ideas de religión, los rezos, las imágenes desaparecieron en

el fuego. Desapareció el mundo, y no había ojos, había fuego, nada más que fuego. ¿Y qué es el fuego? ¿No es también una forma de la vida, y no solamente destrucción? Porque el fuego ablanda el vidrio con que se moldean las botellas y los vasos, las retortas y los embudos. El fuego nos acerca a la cocina de hierro donde mamá revuelve el fondo de las ollas, y entonces el aliento cálido de la casa, el aroma y el vapor de las verduras hirviendo y de la leche esponjosa eran gracias a él. También el carbón, sacado de las maderas, y las vasijas de tierra, también los hierros para los caballos.

Fuego, fuego sin cenizas.

12 de julio de 1939. Esa noche empezó nuestra desgracia. Llegaron los empleados del molino y se pararon alrededor de la mesa de la sala. Se miraban los zapatos, tenían las manos detrás de las espaldas, menos uno, más joven, que se apoyaba en el respaldo de una silla. Cuando llegamos al molino ya no había nada que salvar. Dijeron que habían sido unas chispas del motor nuevo. Había un cargamento de harina muy seca embolsada y lista para despachar que se prendió en el instante. Y papá trataba de salvar los libros. ¿Sabía que iban a sospecharlo? Después los alemanes declararon la guerra, y a Alter lo llevaron al frente.

Pasaron tres meses. Todavía tenemos el olor de la harina quemada en el cuerpo, en las paredes, en el pelo. Queríamos irnos a Australia, pero el consulado en Lwow nos negó la visa. La compañía norteamericana no quiso pagar el seguro de incendio porque Polonia estaba ocupada. Entonces, los empleados del molino pidieron si papá podía trabajar con ellos, pero ya estaban los rusos y dijeron que no. Papá había sido capitalista y no podía tener el honor de ser obrero. Y papá dijo: mi hija es secretaria y ayudante de la contadora del Hotel Varsovia y entonces no necesito trabajar. Así, me sobrará el tiempo para hacer colas y conseguir el pan de centeno o las naranjas. Los despidió en la escalera con un apretón de manos. Yo estaba al lado y él me abrazaba del hombro.

Ya llevo dos días con fiebre. Dos días de dolores en la cabeza y en el estómago insoportables. Todos duermen, menos yo. Entonces doy la alarma y corremos al sótano. Max me lleva en brazos. Arriba patean las puertas. Son sus botas, gritan, las maderas

crujen, parten otras puertas vecinas. Una mujer pide: mi hijo, mi hijo. Disparos y risas mezcladas. Dicen que los drogan para hacer tantas barbaridades. Cuando vuelve el silencio, Max sale. Sigue nevando. En la calle hay cuerpos, y la nieve está sucia de barro y de sangre. Aparece la policía judía y obliga a quienes salieron a cargar los cadáveres. Las barbas, las barbas, a los alemanes es lo que más les llama la atención. Van prendiendo fuego contra todas las casas donde encuentran enfermos y ven a un rabino por la calle, y lo agarran de las barbas, y lo arrastran por el suelo. Tiran de las barbas como si quisieran arrancárselas, o arrancarle algún mal allí escondido. La furia parece contra las barbas, que el hombre no tiene nada que ver. Barbas largas, negras, canas, rizadas, sin recortar. Barbas insoportables. Es la víspera de Pesaj. Los alemanes eligen siempre nuestros días de fiesta para escarnecernos. Y el rabino se resiste, murmura, invoca a Dios. Solamente se oyen algunos gritos y algunas explosiones, y el fuego, el chasquido del fuego sobre la madera, el soplido del aire entrando y saliendo de las casas por las ventanas.

Las casas quemadas parecen una gran corteza, y alrededor de los agujeros de las ventanas y de las puertas, negro. No quedan piso ni techos. Si todavía tienen dueños, estarán caminando entre las ruinas, buscando, pero no salvan nada. Adentro de una de estas casas tiraron el cuerpo del rabino vivo. Max vio todo, y dijo: Dios no puede ser tan malo para permitir este crimen. Dios no existe. Es 31 de marzo de 1942.

Los hombres se rapan las cabezas. Los hombres se dejan crecer las barbas. Empezó como una broma en la oscuridad, sin hacer ruido. Primero fue Alter, con tijeras y navaja. A la mañana, Max se justifica. En voz alta, actuando, y le echa la culpa a nuestra sopa de ayer. Los otros se hacen también los que tiemblan o aparecen desmayados, como un coro de cómicos, o se ríen. La risa dura por días. Parecen viejos infantiles al mismo tiempo. Al principio la barba crece más rápido que el pelo, pero después más lento. Entonces nosotras nos animamos también a cortarnos, sin fines cómicos, como mujeres. Yo estoy bastante satisfecha. Tengo el mismo pelo de antes, enrulado y color miel. Pero ahora es áspero y débil. Y ahí andan, el Campesino y algunos de siempre hablando de

nuestra vanidad femenina. Yo pienso que no es vanidad. Dedicarse a una misma, o a los demás, es resistencia. Resistir es la palabra, resistir.

Se juega mucho al ajedrez. Se organizan torneos, los hombres especialmente. Las mujeres no nos tomamos el juego tan en serio. Y el que pierde limpia los baños o ayuda a cocinar. Para los ganadores hay doble ración. Una que otra vez, alguien ofrece un par de medias gastadas o un sombrero, algo cómico también, para no pensar en el tiempo. Se hacen apuestas por dinero. Ayer a la mañana, Alter ganó 50.000 zlotys y a la tarde debía dos millones de dólares. Papá con otros hombres también jugaban al ajedrez, al dominó, a las damas. Yo los miraba parada atrás de su silla. El ajedrez era más silencioso. Las piezas se deslizaban, la mano se cerraba sobre una de ellas y la dejaba suavemente a un costado. Era la mano pensativa. El dominó tenía otro ritmo, rápido, mecánico. Podían asustarme. A veces jugaban sin levantar la cabeza y golpeaban la mesa con las fichas. De repente, uno se paraba brusco o se echaba para atrás o gritaba en voz alta. Contaban rápido, y después volvían a empezar. Pero papá estaba callado, siempre callado. Era tímido, y a veces le daba vergüenza sacarse el sombrero para saludar. Todos sus trajes eran grises para que no se notara la harina. Usaba una barbita bien recortada y bastón a la moda. El sombrero. Tampoco se lo sacaba a veces, porque le dolía la cabeza. Eran los quistes sebáceos, y tenía que peinarse con mucho cuidado. Yo le soplaba despacio la harina del pelo, y él sonreía.

Somos parecidos los dos, un poco frágiles.

Nunca podré imaginar un puño contra la cara de otro.

Mi padre está muerto, y es para siempre.

Para mí, Polonia existirá mientras yo viva. Hoy me acuerdo la música del himno, pero no todas las palabras.

Resistir, resistir, ésa es la palabra.

Es de noche, Max está enfrente mío. Sé que me está mirando. Es miedo que tengo, debería decir, pero no lo hago, y en mí queda. No quiero que vea el miedo y la amargura en mis ojos. No lo merece. Pensá que duermo, Max. Pensá en el hijo y en la casa que construirás para nosotros, grande y cálida, con ventanales, muy lejos de aquí. Ahora ésta es nuestra casa, sin chimenea, nuestras paredes sin pintar y sin retratos, y dicen que del otro lado de estas paredes es verano. Cuando sea verano para todos iremos al río en bicicleta a festejar San Pedro y San Pablo. Le enseñaremos a elegir las flores, a encender las velas. ¿Flotan, este verano, las canastitas de flores en el río? ¿La corriente las empuja hacia el mar? El tiempo no puede volver atrás, pero tampoco la guerra puede durar para siempre, no puede durar el terror.

¿Por qué, por qué me estás mirando así? ¿Qué pensás? ¿Escapar del infierno? Algo me dijiste esta mañana, cuando los otros todavía dormían. Te creo, y no te creo. Pasó un día, ahora los otros de nuevo duermen, y seguís pensando en lo mismo.

Escuchá, a veces creo escuchar cómo llueve. Es lluvia de verano, pero llueve, y entonces no pasa nada. Los alemanes estarán resguardados en el cuartel o en la cantina. Así, solamente piensan el mal, pero no lo pueden hacer. ¿Beberán, jugarán a las cartas, como todos los hombres cuando no trabajan? ¿Son capaces de llorar porque sus seres queridos están lejos? ¿Son capaces de amar a alguien como yo te amo? ¿Qué les escriben a sus madres y a sus hijos? ¿O solamente piensan el mal?

Tenemos agua, pan, y muerte.

Pero ninguna muerte es el fin de todo, me dijiste.

Siento el aire de su respiración. Se asoma sobre mi cara creyendo que estoy dormida y espera que la luz me despierte, con la sonrisa pronta. Y cuando abra los ojos otra vez le diré tengo miedo, no puedo olvidar el presente. Max, la vida es más que el aire o el pan. El pan se endurece con los días que pasan, y el aire aquí se vuelve extraño. La vida, la vida también se endurece. Pero yo te amo. Luz, lo que está, lo que no está.

Quiero vivir, Max. Quiero respirar de nuevo el aire de las calles.

Creo que tengo fiebre, y tus palabras siempre me hacen bien. No son palabras de amor, hay niños cerca, duermen pero pueden escuchar. No son palabras de muerte tampoco. No conocés ese idioma. No hay injusticia en la tierra, no hay miseria que te quite el deseo de vivir. Pero tengo fiebre, sí, fiebre es, aunque no sé qué fiebre.

No, no es el cólera. El cólera es la muerte, y estás viva.

Todo es cólera, Max.

Mi cuerpo cae y cae, de un pozo a otro. ¿Qué es lo que me pasa? El techo parece cada vez más bajo, y el olor de la noche de verano me trae la ciudad a la cabeza, y pienso si todavía en mi comarca vivirán los gitanos que de chica me daban tanto miedo, o si los persiguen a ellos también porque ocupan el campo, por su música, por robarse a los chicos y sangrar a los caballos ajenos. Era otro miedo mío. Como éste, que no me deja dormir.

Somos gusanos que todavía se mueven.

Una fiebre que no me puedo detener.

Con los alemanes, en la muerte, somos hermanos. Qué vergüenza.

Un poco de agua fría sobre la cabeza.

¿Estaré envejeciendo ya?

No hay papel, no hay espejo.

Nada se aprende de rodillas.

No hay que cansarse ni enfermarse.

¿Te acordás cuál fue la primera palabra que nos dijimos?

Alguien me susurra buenas noches. No le contesto. La noche. Otra noche.

¿Es una luz, es una sombra? Algún rostro descubro en la noche, y trato de imaginar si realmente están durmiendo o quieren engañarse, y cierran los ojos y creen que duermen. De repente, veo, una mano aprieta otra mano.

Las paredes, la muerte.

Puede aparecer, y nadie la llamó. Entonces no la nombren.

¿Por qué, por qué me mirás así en la noche? Max, somos esposos, y quiero decirte que nunca pensé en el suicidio, que nunca escuché un suicidio nuestro.

Cuando el hijo crezca, y los pinos hayan crecido más allá de los techos más altos de Stanislawow, estaremos lejos de aquí, lejos, muy lejos. Conoceremos un lugar tranquilo en este mundo. ¿Pero qué le vamos a decir a él de todo esto? ¿Podrá entender? ¿Le contaremos que un hermano de sangre y de religión fue capaz de entregar a otro

hermano por un pedazo de pan? ¿Le contaremos de los que cavaron sus propias fosas, y de los padres que prefirieron ser fuego antes que escaparse? ¿Hablarás o hablaré yo?

Max, sos como en las películas de Chaplin. Max plomero. Max electricista. Max entre los rusos. Max arreglarradios. Max panadero. Tus manos, Max.

¿Por qué todavía me sigue mirando? Algo me dijo. No contesto.

¿Cómo puede ocultar Staszek nuestra existencia? ¿Y si alguna palabra lo traiciona, si alguien interpreta con claridad la palabra que él dice oscura y después la palabra llega a los alemanes, a los ucranianos?

Seré una madre. Será mi hijo.

¿Por qué, por qué estamos aquí? Llevo siempre la pregunta en mi cabeza, la pregunta me ametralla. ¿Por qué estamos aquí?

No dejaremos escrito nada, nada. No tenemos demasiado orgullo, ni suficiente vanidad para llenar los oídos del mundo con lo que pasamos aquí. El único papel, azul o negro, cubre las ventanas de arriba.

¿Alguna vez volveremos a comer los frutos dulces?

¿Dónde habrá quedado mi trineo?

Que lo malo no me llegue nunca adentro.

Ya está pasando la noche. Max duerme, cansado, y yo trato de entender alguna palabra suya, ahora del sueño, porque todos decimos algo en el sueño. Estamos abajo, en la penumbra. La luz sin fuerzas de la lámpara en el baño. Respiro suave, que nadie

escuche, de adentro o de afuera. Hasta el piso, que es de tierra, mata el ruido de los pasos. El silencio, la única arma que tenemos.

Dicen que por cada hijo que nace un viejo debe morir y una casa debe ser destruida en el cuerpo y en el espíritu. Papá y mamá están muertos, nuestra casa ya no existe, el gueto es ruina. Ahora te espero, hijo. Estás en mi cuerpo. Estás en mi espíritu.

Campanas, campanas.

La mañana. Uno de los peores momentos. Max me ve más callada y habla para consolarme. Staszek pasó unos días arriba, olvidado. Ahora dice que de donde venía lo alcanzó una patrulla alemana. Y algo sospechoso vieron que les pareció judío, la nariz aguileña, los anteojitos. Entonces le pegaron. Pero judío, ¿puede ser un contagio?, como el tifus, o el cólera. O todo cambió afuera y nosotros, que perdimos todo, ahora estamos perdiendo también la vista y el olfato. Es verdad. El mismo color pálido de la piel, el gris de la ropa que nos deja a todos iguales.

Y mientras sus anteojos saltaban hacia el suelo le preguntaron sobre la Biblia para probarlo. “Y ésta es la condenación”, les contestó, “que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”. Los Gestapo lo miraban con los ojos entrecerrados. ¿El nuevo mandamiento? “Que se amen los unos a los otros”. La gente empezaba a juntarse alrededor, formando un círculo, interesada pero a distancia, porque podía estallar la violencia. “¿Y a la basura judía también?”. Staszek buscaba a alguien, un testigo de que él no es judío. Buscaba a su prójimo. ¿Pero qué tenían que ver esos asesinos con su fe? Estaba indignado pero se controlaba. Les dijo: “Ustedes son de abajo, yo soy de arriba; ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo”. Y “dijo entonces Jesús de los judíos que habían creído en él: si

permanecen en su palabra, serán verdaderamente mis discípulos y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres”.

Estaban serios y lo miraban en el cuerpo, en los ojos, en la boca, en las orejas, en el vientre, en las rodillas, en los pies. Staszek prefirió callarse porque sintió que tanto conocimiento de la Biblia era sospechoso. En el sistema loco de ellos, lo mismo que lo había salvado ahora podía condenarlo. Entonces le volvieron a examinar los papeles, y otra vez el cuerpo, y le buscaban en la ropa, en lo que se veía de piel, en su olor, cualquier cosa que delatara al judío disimulado.

La gente empezó a irse. Si lo detenían, esa misma gente, sus vecinos y los nuestros, habrían seguido a la patrulla hasta la puerta del cuartel festejando cada culatazo, cada patada, cada escupida o insulto, gritando y tratando de conseguir su parte de recompensa de los golpes al judío. Pero movían las manos en los bolsillos del abrigo, se encogían de hombros, levantaban los paquetes del suelo, montaban en la bicicleta y se alejaban dando su juicio. Alguno, ahora, hasta se animaba a reconocerlo, era todo un error. Pero ellos no se equivocan, los alemanes, nada más rastrean judíos y cuando descubren a alguno lo matan.

Nos quedamos mirando los anteojos desarmados sin hablar. Sin anteojos, con miedo, la cara de Staszek que nunca habíamos visto.

Staszek trajo dos armas y una granada. No le preguntamos cómo las consiguió. Fue en el bosque, parece, o las encontró abandonadas en el yermo de alguna casa destruida. Hoy es inútil querer saber algo de Staszek. Calla y hace como si nada hubiera pasado en estos meses. Solamente dice que mandó a Cracovia a su hermana María, allí donde viven unos parientes. Entendemos que tiene miedo de que ella quede en el medio si pasa algo, como víctima o algo peor. De noche María oye el búho y es un presagio, quiere decir que algo malo va a pasar. En eso cree. Nosotros que no creemos esperamos. A María la conozco un poco. Es altiva. No sabe que estamos en su casa pero de todo sospecha y a todo le tiene miedo. Staszek entra a la casa y ya oscurece, María lo agarra

en la escalera y le pregunta qué pasó, quienes eran los tres ucranianos de bigotes gruesos en el terreno de atrás, que no se sacaban las manos de los bolsillos y decían palabras rápidas y filosas y amenazaban. Y después le habla otra vez del búho que cantaba en aquel momento. Espió todo por un rincón de la ventana de su cuarto. Después los desconocidos murmulaban y se iban caminando rápido sin despedirse. La noche asusta a cualquiera, es cierto. Asusta a los chicos, como cuando papá tardaba en volver del molino y mamá salía un instante y me dejaba sola con el fuego caprichoso y yo me escondía detrás del sillón. Asusta a los enfermos y a los culpables pero también a los inocentes, porque ya nadie está seguro. Y nosotros, que convertimos la noche en día para escondernos mejor, no podemos escondernos de la noche y la sentimos todo el tiempo encima. Nos acostamos a dormir y la sentimos y también cuando despertamos, sabiendo que afuera ya está siendo de noche o todavía es. Alrededor de este sótano, en la tierra, todo es oscuridad.

El secreto duró poco. Ya están todos enterados. Enseguida empezamos a hablar de resistir, de muerte, de escapar. Cada uno tiene su idea de qué hacer. Cada uno dice una versión, un recuerdo del gueto. Me acuesto como si nadie hubiera oído, las manos a los costados de la panza. Wanda se acerca, si estoy bien. Le pregunto qué pasa para probar qué me contesta. Ella siempre me protege de la verdad. Dice que unos ucranianos del bosque bajaron a hablar con Staszek porque creen que saben que está escondiendo judíos. ¿Qué quieren? Plata. Piensan que tiene gente atrás y mucha plata. Y él les dijo se equivocan, no tengo nada, pero sé quién tiene. Vuelvan la otra semana y les conseguiré plata de ellos. ¿Le creyeron? Los ucranianos tampoco tienen nada. No tienen ni una idea. Son como bandidos y bandidos hay muchos. Necesitan creerle porque pronto volverá el invierno. Pero nos odian a los judíos, estos ucranianos nos odian. Si piensan que estamos aquí entrarán a matarnos ellos también y se llevarán la plata y después nos denunciarán. Los ucranianos son capaces de las peores cosas. Si, dice Max y no dice más nada.

Mis padres no murieron. Están afuera esperándonos y preguntan dónde nos habíamos metido. No sé qué responder. Fue un verano precioso, dicen. Se han perdido de ver las rosas rojas amarillas y blancas más grandes que nunca, y perdieron los conciertos de la noche en el parque. La luna brilló más este verano. Qué lástima, dice papá. Si no hay tanto viento como hoy mañana iremos al río. Del viento no me acordaba, no me había dado cuenta. Después llegó el invierno y nos despedimos de ellos. Y ahora también es invierno, el invierno que sabemos desde hace meses que va a nacer mi hijo, pero yo pensaba en libertad. Y ahora que oigo hablar de escapar me pregunto adónde. Porque este techo está siempre sobre mi cabeza. Me protege pero también me encierra. Más arriba la gente va y viene y casi podemos escuchar sus pasos, pero ellos no pueden oír nuestras voces, que apenas son un murmullo porque entre nosotros el grito está prohibido. No hay libertad me gustaría gritarles. Pero los golpes en el alma, los golpes que sentimos como cualquier persona viva, aquí son silenciosos. Puede hervirnos la sangre porque la primavera tibia empieza a meterse por el respiradero. Podemos despertarnos más temprano a la mañana con el ángel de la muerte en un extremo y en el otro una esfera como un mar desconocido o el abedul blanco al costado del camino en Rosulna. Y de la humedad puede brotar un musgo, un verde oscuro que no parece planta y después desaparece, sin luz. Y sin embargo nada gritamos, nada nos sorprende.

El sueño sabe. Me ahogo. Veo bolsas que se hacen fuego. Papá dice que estarán talando árboles. Una madriguera al pie del tronco de un pino inmenso. Muchas noches la misma bicicleta blanca de manubrio de hierro apoyada en la escalera de casa o en la fila frente a la escuela. No tenemos caballo, no tenemos carro. Yo me escapo en bicicleta y corro. Estamos afuera, en Rosulna. Me despierto. Otras partes del sueño aparecen y otras se escapan como se escapó Max de la matanza del doce de octubre. Aquel día cayeron doce mil hombres y mujeres, y fue el principio del infierno.

Pero cuál es el verdadero infierno. ¿Los alemanes, el sótano, Stanislawow? Ya es de mañana y todavía está oscuro. Nos levantamos y pensamos que hoy no vamos a salir, que nunca más vamos a salir. Aunque no aguantemos más, aunque de golpe alguien se ofusque y dos hombres griten. No veo quiénes son, no los reconozco por la voz,

tampoco son dos extraños. Hoy no vamos a sentir la luz que da sed ni el viento en el pelo y en la ropa, silbando contra los pinos, el viento que hacía inclinarse las copas y Guite decía están barriendo las nubes. No, hoy tampoco el sol y tampoco el cielo.

Max tiene un plan para escapar. Algo me dijo esta mañana cuando los demás todavía estaban adormecidos o simulaban dormir. Alter, de su experiencia en el ejército pesa el arma en su palma. La descarga, la prueba. Va a servir, dice. Mi asombro es que en todos estos años es la primera vez que tenemos un arma de parte nuestra. Son las armas que trajo Staszek, dos pistolas y una granada. Pero no entiendo quiénes quieren escaparse. Somos treinta y dos. ¿Cómo vamos a salir a la calle con dos pistolas y una granada? Los alemanes nos cazarán fácilmente, como a las pocas liebres que todavía viven en los bosques, y después nos quemarán para escarmiento de todos otra vez, o nos meterán en los trenes hacia el norte o hacia el oeste. La idea de ellos es escapar, escapar. Yo también quiero escapar pero con mi hijo. No buscar el invierno en el bosque y dejarlo en manos de los campesinos, como hicieron Mundek y su mujer por obligación, antes de que ella muera de hambre. Un bebé no puede resistir ese frío como nosotros sin abrigo, sin techo. Y si la madre no come, ¿qué hacer entonces?

Mi panza es más grande que mi cuerpo. Después que tomo el té dulce la criatura empieza a manifestarse. Es el azúcar, explica la señora Helman. La panza se ovala, se inclina hacia el costado. Arriba casi sobre las costillas aparece una punta. ¿Es un pie, una rodilla, la cabeza, los brazos? Ya nos desconocemos. Se asoma tres o cuatro veces, prueba la resistencia o los límites del lugar tan raro donde está. Max da unos toquecitos suaves. Quiere provocarlo. Nunia, Lushka y él están con la boca abierta mirando atentos mi panza, y tienen la esperanza de atrapar el movimiento, otro movimiento, brusco. Es como burbujas, suenan como burbujas y me tuerce. Otra punta aparece abajo casi contra la vejiga. También duele. Los tres se felicitan como mis hermanos y yo cuando veíamos una estrella fugaz cruzando el cielo. Pero mi hijo no es un artista de circo, les digo. Hijo o hija, señora Saginur, no sabemos, dice Nunia. Ella quiere lo mismo que yo. Se debe estar dando vuelta, dice la señora Helman. Pero en el baño me quedaré tranquila y él, o

ella, como si supiera que estoy sola con mi cuerpo, me rascará desde adentro suave con sus deditos y yo le contestaré de igual modo, y estará ahí esperando.

Max falta. Max me dijo no subas. Pero qué me puede pasar. El camino al baño lo recorro todas las noches, entre las cabezas, y la escalera es como subir una gura que ahoga. El monte Hoverla, el más alto de los Cárpatos, donde nace el Prut. Por un borde de la tapa veo a mi marido y a Staszek sentados. Una mano de Max da vueltas en el aire. La otra tiene a Staszek del brazo y arruga la camisa que le planché. Luz, veo solamente el pelo de Staszek.

Pronto llegará el invierno, me dice Max. Se levanta otra vez, se reúne con Staszek, con Alter, Max Feuer y Mundek. Yo me quedo acostada, satisfecha de que me digan la verdad pero triste y sin esperanzas, pensando, pensando. Porque cada vez que vuelve el invierno, los ucranianos acechan en el bosque y nosotros estamos encerrados aquí abajo.

Él no va a salir para morir y nosotros tampoco, me dice Max. Habla ya como un padre.

Son los hombres y tienen la palabra.

Si estamos libres, algún día soñaré que estamos en el sótano.

Max me mostró los dibujos. Es un pedacito de papel que trazó Kuba Horn con las reglas donde se ve el camino al canal. ¿Quiere decir que vamos a salir hacia abajo? ¿Quiere decir que la salida es enterrarnos todavía más? Espero que no se equivoque, dice Max. El padre de Kuba era ingeniero. Eso sabe Kuba, lo que tiene en la sangre. Del plano se me ocurre pedirle a Max que del lado del revés me dibuje un caballo. Porque Max es un gran dibujante y especialmente dibuja caballos, y cuando me imagino que estamos afuera los caballos que veo son los caballos de sus dibujos. Podría haber sido ingeniero, tiene tanta habilidad. Más me gustaría mecánico, dice, o inventor. Por ejemplo, una excavadora subterránea. ¿Cómo es? Un tirabuzón más o menos de un metro de diámetro, grande como una turbina. Debería ser silencioso, más silencioso que nosotros, y trabajar con algún combustible barato. Trapos, tierra, agua. ¿Existe o es tu invento, Max? ¿En Rusia había? En Rusia había funcionarios y obreros, soviéticos y polacos, alemanes, checos. Herramientas había, pero máquinas, las únicas que funcionaban eran el samovar y el revólver del comisario. Ésta podría funcionar con ruegos de judíos desesperados o con canciones. A ver. Max empieza a cantar en voz alta la canción de La viuda alegre. Algunos lo siguen y él hace de director del coro y me guiña un ojo. Funciona, dice. Funciona, funciona, ahora solamente hay que seguir cantando. Si desafinamos, cuidado, podemos aparecer en el medio de la ciudad si se

desvía la dirección. Pero no me hables con esa voz, me dice, aunque digas mi nombre ya empiezo a preocuparme.

El miedo mío es que al llegar ese momento mi grito haga que nos descubran. Ya sé que es una tontería, ya sé que soy más débil que todos pero no puedo evitarlo. Es miedo por mi bebé, que nos descubran justamente cuando él nace.

Nuestro bebé, me dice, no será una víctima para nadie. Sano, fuerte, libre. De eso estoy seguro.

A Staszek los nervios no lo dejan hablar con claridad. La voz de Feuer es todo lo contrario, divertida. También choca las palmas. Es el alma de aventurero que tiene. Un regocijo. Está mejor hecho para actuar que para aguantar. Max siempre dice que no parece judío. A veces todavía sale a la calle con aquella gran cruz en el pecho. Y las armas, le gustan las armas, él las consiguió y las guarda ahí, los proyectiles apartados, por las dudas. La idea es de Max. Pero es Kuba Horn el que tiene que terminar los planos. Por sus cálculos son cuarenta metros. Tenemos que trabajar las veinticuatro horas del día, dice Staszek. Él mismo se quedará hasta que terminemos. Trae a su sirviente, un muchacho que lo ayuda en la casa. Del resto no preguntan, no se oponen. Yo escucho desde atrás de la mampara de madera de nuestra habitación. Mi pie está apoyado en un cajoncito y lo miro. La inflamación empieza a bajar, pero los tobillos todavía están hinchados. Son nada más que unos pies hinchados. No parecen míos. A la panza tampoco me acostumbro. Ya no circulo por el sótano. Tienen que apartarse para dejarme pasar y siento que les robo el espacio, siento molestias, vergüenza de mi cuerpo caliente y rojo. Todos me miran. Me miran a la panza, no a la cara. Son miradas pero no entiendo qué quieren decir. No es la mirada de Max, tierna, curiosa. Es un interrogatorio.

Me quedaré de este lado de la mampara. Daré a luz.

La casa que vivimos y la casa dibujada en el plano no tienen nada que ver. La diferencia es grande, es el mundo, la realidad, la vida. Unas líneas y unas palabras dicen

cuál es la calle y dónde está el sótano, el este y el oeste. La escritura de Kuba es despareja y se inclina. Está sin costumbre de escribir, como todos, y a sus letras le sobran puntas. Si alguna vez salimos y queremos correr, vamos a tropezar, torpes, como su letra.

No sé si a alguien se le ocurrirá escribir lo que estamos viviendo. Nadie lo está haciendo, porque apartarse a escribir sería una falta de respeto. Es como en el plano. Hacemos de cuenta que somos esto que dicen y después sabemos que no. Pero al mismo tiempo somos y vivimos aquí, esto es nada más nuestra vida.

Kuba aclara: yo no soy ingeniero. No hace falta. No quise ofenderlo. Yo quería decirle que ninguno de nosotros es nada pensando en comparación con los padres o como era todo antes. Y cuando pienso en mi mamá, en los panaderos que le compraban harina a papá, en los médicos que nos curaban, entonces pienso también ¿puedo llegar a ser madre yo? La harina de este pan que hace Max ¿es harina verdadera o es otra cosa? Y Mundek ¿tiene algo que ver con un médico?

Esta misma noche empezaron a trabajar. El túnel ha nacido en la primera habitación, frente a la escalera. Perderemos mucho espacio pero el camino así será más fácil. La gente comprende y se ubica, y nos apretamos un poco todavía más. Max dirige y lo ayudan Alter, los Finkelstajn. Mundek, Misku, Max Feuer, Elo Segal, Kuba, Staszek y el sirviente. Los otros menos.

Tienen picos y palas, baldes. Al principio parece que el sótano tiembla. Cómo es que no nos escuchan desde la calle. Cómo es que no nos encuentran. Dos hombres trabajan juntos. Otro va juntando tierra, otro la retira. La tierra ya forma un montón cerca de la escalera. Pronto afuera será de noche, y subirán hasta el jardín, y desparramarán la tierra por la oscuridad.

El nivel del jardín sigue subiendo, nosotros cada vez más abajo. El olor de la tierra húmeda en el aire es más fuerte que nuestra transpiración. Sube el vapor del té. Después de una hora Max viene a ver cómo estoy. Apoya las dos palmas sobre mi panza. Es tierra

blanda. Le habla a la criatura. Está entusiasmado con el trabajo. Ya el cuerpo de los que cavan entró en la pared. Es un nicho. Trabajan en cuatro patas y tienen buena luz. Hay que desviarse de la napa, dicen.

Encontrar la napa, no encontrarla, cavar, subir con la tierra, hundirse. Todo ese trabajo ya lo veo desde que estamos aquí. Porque los hombres siempre encuentran formas de trabajo. Son los hombres que no paran de construir y de destruir para construir encima. Ciudades cada vez más grandes, nuevas guerras, motores, armas, enfermedades, edificios, aviones, automóviles, tanques. Son los hombres.

Le digo a Max cuidate, y él responde que no hay nada a qué tenerle miedo.

Todos están igual. Las pisadas y las manos dejan barro por todas partes. Usan la misma ropa dura de tierra. Max trabaja todos los turnos, negro como una hormiga. Ya no sé si duermen. Alter dice: nos arrancaremos las uñas para sacar la tierra. Y Wanda le lava el pelo y él no se deja tocar. Hacía ese mismo gesto cuando me perseguía por la calle Hovera con un guante de nieve. Papá los corría a ellos, ellos nos corrían a nosotras, nosotras empezábamos a escondernos en la vida. Jugábamos al miedo. Y papá le decía que no tenía manos para dentista y lo quería llevar al molino. Las manos de Alter salen a las de papá. Mis manos y las de Avrumchu son más finas y las uñas también son distintas, las de ellos cuadradas, las nuestras en punta. Pero Alter piensa todavía en su cabeza que va a terminar el estudio. Cada uno tiene un futuro en la intimidad pero no es bueno decirlo. Es una regla nuestra.

El señor Zygo les dice en chiste que cuando termine la guerra van a conseguir trabajo en las minas de Silesia. Nadie hace caso y el señor Zygo tampoco levanta un dedo. Es uno de los que hablan de más. Seis días, dice, y todavía no llegaron a ninguna parte. Deben estar perdidos ahí adentro. Hay que aguantarse, dice Wanda. Estoy indignada. No le quiero contestar.

Ahora hay gritos desde el túnel. Un derrumbe. Dicen que hubo un derrumbe. Sale el sirviente de abajo del barro. Hubo un derrumbe, grita, Max, Max está muerto.

Aparece Max Feuer también todo tapado de barro. Siento un terrible calambre en la panza que no me deja ver nada.

Me ahogo, un dolor que no se puede describir. Max muerto. La criatura muerta. Me tienen los brazos.

Fueron dos minutos nada más. Mi Max aparece como si no hubiera pasado nada. Se ríe y es de nuevo su gran sonrisa y los dientes blancos en la cara oscura, el pelo negro, las manos, la ropa, los pies, todo negro.

Max no habla. ¿Está enojado conmigo? Max está ausente y yo tampoco hablo. No hablo, no pregunto, no lloro. Las mujeres que antes hablaba se me acercan, insisten en decir qué pasa. Pero yo no quiero saber qué está pasando. Mi cabeza no quiere saber, mi corazón no puede saber. No siento voluntad. Sin esperar, sin miedo.

No quiero enterarme de nada. Quiero olvidarme mejor todas las palabras de los idiomas que sé, todas las letras, todas las canciones y las músicas conocidas. Olvidar todo. No querer a Max, no querer a nadie. No haber existido. Nada.

La boca seca. La lengua seca, una raíz, una víbora. Incapaz de gritar, casi muda entonces, quiere pasar de largo, como una persona, y seguir viviendo en los lugares escondidos. Mi lengua así, mucho tiempo inclinada y pensativa entre estas paredes. Dura, resistente, como la boca y la lengua, y mi alma, que se mueve todavía.

Algo me pasa por el cuerpo. No son insectos. No es afuera. No es adentro. El sótano está limpio. Los demás siguen lavándose y haciendo la vida de todos los días. Yo no puedo verlos y no puedo pedir que no me vean. Hablan mientras comen detrás de la pared de maderas y yo escucho. Alguien se está riendo, ¿pero de qué se ríe? ¿De qué nos reímos? Es lo normal de la vida. También el dolor. El cuerpo inmóvil, ahora, el dolor me

atraviesa y después pasa y aparece en otro lugar. Enfermedades familiares. Recorrían la casa, iban de un cuerpo al otro. El asma de mamá. Quistes. El dolor de garganta que no me dejaba respirar, como ahora. Ya sé que es imposible perder la memoria. Ese miedo tenía. Pero ella se presenta sin que la llamen, como cualquier enfermedad. Quistes, quistes. Enfermedades del hogar.

Nunca más sentí cómo se movía en la oscuridad. Y pienso la última vez que se movió, y cómo fue, dónde, qué pensaba yo en ese momento. Fue insignificante. Ahora es todo.

Mi panza es un peso muerto. Mundek apoya sus manos encima con fuerza. Aprieta demasiado. Yo aprieto la mano de Max. No puedo hacer nada, dice. Después se calla, como todos estos días. Las manos de Mundek son duras, sin carne. No es tan viejo pero tiene experiencia, ayudó a la mujer a parir en el bosque. Porque ninguna mujer sabe cómo hacer. Todas tuvieron en el hospital, Wanda en el gueto, y fue un estudiante de medicina judío que la atendió. Me dicen que todo va a estar bien.

Rompió bolsa. Será doloroso. Mundek se lava hasta los codos con vodka.

Ya pasó. No me han dejado ver a la criatura. Sé que era una beba, una mujer. Max enterró el cuerpo en el jardín, arriba nuestro. Otro agujero. Otra muerta. Falto yo.

No sale, no baja, no saben por qué.

La placenta. Es la infección. No sale, no baja.

Dormí, y me despierto entre voces que hablan inglés. Todavía no sufría, todavía no sabía quién era. Era la fiebre. Papá estaba por llegar con el trineo nuevo. ¿Ya estaba en la puerta? ¿Por qué no abren? Campanas de Radio Londres. Este segundo que tomo conciencia es la desesperación.

Hablamos del futuro.

Ahora esperamos a Staszek en silencio. Fue a pedirle una inyección a su amiga en la farmacia del hospital. Vuelve con las manos vacías.

Wanda dice que como yo me moría, al día siguiente Alter lo agarró a Mundek del cuello y le gritó: Tenés que hacerlo vos. Yo te obligo. Y Wanda dice que Mundek se arremangó, se lavó bien los brazos con mucha agua y jabón y se untó la mano hasta el antebrazo con aceite de cocina.

Grité. Todos pensaron que esta vez nos van a descubrir.

Y la palabra de Max me calmó la fiebre.

Esperaba tanto que me hablara, y casi siempre es de noche, cuando todos duermen o me parece que duermen. ¿Qué dice Max? No habla de esperanza. La esperanza no es una buena palabra en la oscuridad. En la oscuridad nadie puede ver y solamente se adivinan los cuerpos por el olor o por el ruido. Esta hora de la noche es el desierto. No puedo cerrar los ojos, como el lechero en invierno con las pestañas congeladas, y me quedo viendo imágenes de Stanislawow cuando andábamos en trineo y la ropa se partía del hielo en la buhardilla. Ya empiezo a sentir los músculos de la cara rígidos. Duermo mucho, me cuesta levantarme, no sueño nada. La garganta se me inflama, la garganta supura. Mi cuerpo ha cambiado después del embarazo. Antes de acostarnos todos dicen buenas noches, buenas noches, aunque sea de día. Al principio se hace como un pozo, un silencio en el que me hundo con la cabeza agachada y la cara entre las rodillas. Es el momento de limpiarse de las palabras, de cualquier idea, del resto de gusto a sopa, de los otros. Por ahora no me ahogo. Pero empiezan a oírse las buenas noches y veo lo que será para mí la noche, de oscuridad, de vacío, de vergüenza. Es como si cruzáramos un desierto y adonde llegamos es otro desierto, y después a otro y a otro y no hay descanso, y pienso que nunca terminaremos de salir del desierto, el sótano, la guerra, la noche.

Parece otra inspección de rutina. No podemos nada, encogernos y esperar, nada más, las mujeres con los chicos en la boca del túnel. La patrulla alemana está arriba. Yo sufro por Staszek porque no le peguen siempre. Tengo imaginación de muerte. Esta carroña dando vuelta sobre la cabeza, y nosotros estamos enterrados y nadie sabe. Pero no hay mucho para pensar. El único pensamiento es que no nos descubran. Mi cuerpo está duro como una piedra. Abro los ojos y veo las caras de Ariel y de Nunia y los chicos nos miran a nosotros, mudos, como si quisieran tener otros oídos y otros ojos. La seriedad, estos chicos, la aprendieron en el gueto, en otros sótanos. No lloran, no gritan, son serenos y amables, no son egoístas. No parecen chicos ni nosotros personas. Pero todos resistimos.

Alguien me está viendo. Levanto la cabeza y la mirada se me escapa. Es una mujer, no sé cuál. Yo estaba haciendo la cola para comprar el pan. Tenía que dejar pasar a todos los polacos. Una señora le señalaba mi brazalete a la hija y le decía en voz baja, mirá, mirá, pobrecita. La mirada de la hija, igual a ésta.

Arriba los perros de la Gestapo huelen y jadean. Ladran. La entrada al sótano está bien disimulada por el parqué. Staszek abre la puerta, torpe, miope. Las voces del alemán se alejan y se acercan, secas, él les ofrece cigarrillos, danke, danke.

El piso les suena un poco hueco pero no pueden encontrar. Abajo seguimos respirando. Max Feuer y Alter tienen entre las ropas las armas preparadas.

De un golpe el primo de Ruth empieza a gritar. Grita como un loco. Nos quedamos helados. Nadie entiende qué pasa. Nos van a descubrir. Nos van a matar. La mano de Mundek, como un rayo, le da una bofetada, se le da vuelta la cara. Después pide disculpas llorando, a todos. Fue nada más que el miedo.

¿Y si un día la puerta se abre de golpe? Entonces será muerte o no. Todo el tiempo pensamos cuándo vienen a matarnos. Cada uno se imagina su manera pero nadie lo dice. Y yo escucho que golpean, y quieren entrar. En este momento es el máximo horror. La muerte para mí es el momento que nos descubren. O muerte o no: eso nos espera.

Por ahora estamos libres de muerte inmediata. Algunas veces hasta pensamos también que somos libres. Porque el encierro es largo y ya empezó antes del gueto, cuando no podíamos ir a ningún lado, un restaurante, un cine. O con los soldados húngaros que todavía demostraban buenos modales, o antes, el día once de noviembre que me prohibieron subir al escenario con el resto del coro por ser judía. Tenía nueve o diez años. Estaba tan arregladita, blusa blanca, pollera azul. O la Pascua cristiana, cuando Lena dijo que no era más mi amiga. ¿Por qué? Porque ustedes mataron a Jesús.

La puerta se abre y siempre que se abre yo lo espero a Staszek como si fuera papá, sentada al lado del fuego. Y corro a que me abrace, voy a sacarle el abrigo y el sombrero sin lastimarle la cabeza. Afuera está cayendo bastante nieve. Cerca de la sinagoga ya fusilaron a veintisiete ucranianos. Los alemanes dicen que se van y se llevan polacos a pelear. Ya no tengo ninguna esperanza. Max ahora tiene. Me gustaría pegarle, justamente por eso. Pero él es rápido, y me agarra la muñeca en el aire y me besa la mano con ternura. Daremos un paseo, dice. Me hace poner botas de goma. Entra al túnel. Yo lo sigo. Nos arrastramos en la oscuridad. Los ruidos de Max que se arrastra

adelante me guían. Un cuerpo como el mío entra ajustado. La tierra se siente un poco húmeda. Es fresca, sin raíces, sin piedras, no se deshace. Son doce metros así, dice Max

Desde que llegamos al sótano es la primera vez, sí. La tierra que nos tiene encerrados me despierta el terror. Quiero que me hables una vez más, Max. Tengo tos, tengo miedo de la tierra, de mi mano, de mi garganta. Es el cansancio, dice Max. No, es el odio en la garganta, el odio que no conocí hasta la guerra. No grites, me dice Max, no grites.

Ya llegamos a un caño. No puedo respirar, no puedo moverme. Es un olor asqueroso que al principio me quedo helada. Quiero volver.

Falta poco. Ya caminamos, encorvados, flexionamos las rodillas con las botas en el excremento. Max apoya sobre el costado del caño la tablita que traía. Esa tablita yo me preguntaba para qué. Señora Saginur, dice, y hace una reverencia. Descansamos sentados en la tablita. Levantamos un poco los pies. Max me abraza. Yo me apoyo en su pecho, y parece que estuviéramos en un banco de la calle Rikova un domingo, y la gente que pasa, y allá abajo en la glorieta la orquesta que toca. Tango y vals. Música.

¿Qué tocaban?

¿Cantaré de nuevo algún día?

Quiero quedarme abrazada así con Max, sin ningún ruido, solos, nosotros dos.

Después de media hora llegamos al caño maestro. Es una galería de dos metros y medio de altura. Podemos caminar derechos. En el encharcado sólo se escuchan nuestros pasos. Las ratas se pegan a las paredes y nos miran como a bichos raros. Son gordas, son las dueñas de la cloaca. Max se sube a una de las escaleras de la pared y mueve un centímetro la tapa de hierro de la alcantarilla. Yo no sé qué vamos a encontrar. ¿La muerte, la luz, el infierno? En el infierno solamente hay odio, dicen. Y en el paraíso, dicen, solamente amor, pero no lo creo. El odio, el amor, el infierno, el paraíso, están en

cada parte del mundo, en los lugares cerrados y en los lugares abiertos, con los hombres armados y las mujeres que escapan. El infierno, el paraíso, ellos están en cada persona, íntima. El resto es el mundo.

Max me ayuda a subir, dice que mire. Estamos en el centro de Stanislawow. Deben ser las dos de la tarde. En el suelo hay agua sucia. Los carros andan despacio. Casi no hay personas. Se siente el aire quieto, sin soldados.

Volvemos. Max dejó marcas de cera en los empalmes de los caños, y nos guiamos por ellas, como un cuento.

Noticias de la guerra. BBC. Max arregló una radio que no funcionaba y nos animamos a encenderla. Otro poco de música. Una canción que dice: “Todo pasa, todo pasa, después de cada diciembre viene mayo...”. La cantamos todos, entusiasmados, y es el momento de unirnos. Mi propia voz casi no la escucho. Alter me da la mano. Grita él por los dos. Y aunque todos somos polacos y nos sentimos polacos, cantamos en alemán. Nuestras abuelas ya vivían aquí. Y lo que se decía para nosotros era la ley. Éramos tontos también, porque fuimos patriotas con las visiones de antes, cuando gobernaba Pilsudski y creíamos que nadie nos iba a tocar, a los polacos, a los judíos, y escuchábamos por la radio a Hitler, escuchábamos las amenazas, todo el mundo escuchaba pero no se sentía amenazado. Era a otros que les hablaban, otros tenían que escuchar. Así empezó todo, porque no escucharon, y nosotros tampoco escuchamos, y ahora cantamos en alemán.

En el sótano hay un clima especial. Wanda espera una criatura para el mes de agosto. Mi hermano insiste con la vida.

¿Cuánta nieve habrá caído ya en Stanislawow? A esta hora ya hubiéramos comido, y mi padre me alcanzaría el diario y yo leería las noticias que no hablan de guerra, de epidemia, de hambre, de terror. Las buenas noticias. Max también nos acompaña, y está nuestra hija que ahora lee para nosotros, y algún otro hijo que llegará. Sobre la mesa hay

libros, los mismos de siempre. Libros de poesía, de historia, de geografía. Libros de fantasía y de aventura. Versos que mamá copiaba para mi con dedicación, en hojas muy finas, casi transparentes. Yo las guardaba entre las páginas de un libro, como pétalos, y en mi cabeza también.

Como en el campo los tallos de trigo
así crecen y se agitan en el espíritu del hombre
los pensamientos.
Pero los tiernos pensamientos de amor
son como flores que juguetonas se abren aquí y allá
azules y rojas.

¡Flores azules y rojas!
El segador gruñón las desecha por inútiles.
Látigos ásperos las destrozan burlones en la trilla.
Incluso el miserable caminante,
que se deleita y se refresca al verlas
sacude la cabeza
y las llama hermosa hierba mala.

Pero la rústica muchacha,
la tejedora de guirnaldas,
las admira y recoge
y adorna con ustedes sus hermosos rizos,
y así ornada, corre hacia el baile,
donde violines y flautas con encanto resuenan
o hacia el roble,
donde la voz del amado suena con encanto mayor
que violines y flautas.

¿Alguien sabe que estamos aquí? El pueblo vive engañado, dice Max, o quiere engañarse, porque saber algo es peligroso. El pueblo no se da cuenta de lo exacto. Pasan por la puerta, no miran, tratan de escuchar alguna vida extraña, alguna vida bajo la tierra. Es que alguien debe haber hablado en la ciudad. No puede ser que ignoren. No puede ser que hayan dejado de preguntarse dónde estamos, vivos o muertos. No puede ser.

Fue ayer. A Staszek lo sacaron de la calle y fue a parar a la Gestapo. Eran un montón de polacos, cientos, todos sacados de la calle. Estuvo al punto de que lo llevaran a Alemania, no sabe si a pelear o al trabajo allá. Seguro a la muerte, tarde o temprano a la muerte. ¿A alguno de ellos se le ocurrió pensar así les hicieron a los judíos? ¿Pensaron parecemos judíos? Staszek pensaba si me llevan, morirá Max, y morirán todos. Cuando se dio cuenta de lo que va a pasar estaba caminando hacia la casa del comandante Krüger, que queda en el edificio principal. Está loco Staszek. Ya se hacía de noche. Staszek entró a la casa y abrió la puerta que da a la calle. Pero la casa estaba vacía, y entonces salió por esa puerta y caminó, y después corrió y le tiraron. Y al llegar aquí arriba ya no lo seguía nadie, cree que no lo vieron entrar. Feuer dice: si se van, es gracias a que ya llegan los rusos. Yo no digo gracias a los rusos de nada, dice Max. En la Unión Soviética es todo mentiras, engaños, conveniencias. Y él fue y estuvo, sabe por qué lo dice. Él tuvo esa ilusión, como mi hermano, como muchos en esa época, antes.

Max había conseguido trabajo en Dombas, en Ucrania, y llegó a ser capataz de una cuadrilla que instalaba gasoductos de alta presión para las grandes fábricas. Un año estuvo Max allí, en el paraíso de los burócratas, de los mentirosos, y decía que Stalin había matado de hambre a diez millones de ucranianos para convencerlos de que era mejor trabajar en las fábricas y no en el campo. Todo esto decía con amargura aquella tarde cuando Alter me llevó a conocerlo. Era un domingo, y él acababa de volver. Todavía faltaba para los otros encuentros, casuales o no tanto, en el consultorio de Alter, y sus visitas a nuestra casa, y los paseos en bicicleta con el grupo de amigos.

De la torre, dice Max. El obrero se cayó del poste de la luz. Cayó encima de un torno. Y dejaron el cuerpo desangrado en el piso y limpiaron el torno, nada más. Y a Max los ojos se le oscurecen de la misma amargura de aquella tarde en su casa, cuando estaban presentes su madre y el tío y ya habíamos hablado de Deizy.

Desde ese día decidiste volver a Stanislawow, Max. Es decir, abandonaste el paraíso. Y llegaste y te enteraste que a Deizy lo habían matado en el frente alemán. Fue entonces que me conociste. Y mientras hablabas yo te veía mover las manos. Veía tus manos fuertes, estos dedos finos con una mancha de pintura o grasa o carbón y las uñas demasiado cortas. Nada más las manos. Ya empezaba a hacerse de noche y no me animaba mucho a levantarte la vista. Alter había ido a buscar la bicicleta y sacaste de una valija de lujo un pan de jabón para cada uno, azúcar y papel. En Stanislawow nos empezábamos a acostumbrar a las largas colas de los rusos para conseguir comida. Nos turnábamos toda la noche dos o tres horas cada uno. ¿Cómo era la calle, la noche afuera? En la casa el reloj sonaba. Había que salir. Mamá insistía siempre en abrigarme. Ya no era una nena. Ya había conocido a Max. Ya trabajaba un poco por la fuerza de empleada. Ya tenía que mentir, pero todavía me faltaba el brazalete sobre el abrigo gris. No estaba sola en la calle. Otras iban a las colas, otros llegaban de lugares que yo no conocía y que no podía imaginarme, o simplemente caminaban, o era gente que deambulaba sin sentido, como si supieran que más adelante iba a llegar el toque de queda, el gueto, y este encierro.

No puedo pensar cómo soy la misma persona que también caminaba de noche por la ciudad. En qué pensaba yo entonces, qué esperaba. No sé cómo podía caminar siempre, subirme las solapas del abrigo, oír pasos a mis espaldas sin asustarme. Empezaba a amanecer. Hablaba con desconocidos. Pasaban carros. El lechero. Las patrullas. De vez en cuando el viento traía olor a leña de salamandra o de una panadería cercana. Ésa era la tercera semana de melones. Melones rusos. Mamá hizo dulce.

No trabajadores, soldados del trabajo son. Trabajan como cuando fuiste a la guerra, le dice a Alter, el torno bien limpio y aceitado, como un fusil, y si no se usa mejor, que no se ensucie. Trabajan por obligación, sin interés. Trabajan para terminar de trabajar y que les den una medalla y escriban su nombre en los carteles. Y los jefes los dejan robar mientras no les impidan robar a ellos. A mi no me querían pagar. Vos no sabés escribir, me dijo un compañero. Yo sí sé escribir, ucraniano y ruso, dijo Max, estaba ofendido. Sí, pero no sabés escribir las liquidaciones. Y me enseñaron. Cada trabajo lo detallaban varias veces, con distintos nombres. Entonces, esto es así, pensé. A la semana siguiente presenté mi liquidación como me dice este compañero. Es mucha plata que me deben. Tampoco me quisieron pagar, por polaco.

No sé para qué fue, dice el Abuelito.

Cuando vi todo tan falso, dije tengo que saber la verdad.

Es una dictadura sin religión, dice el Abuelito, ¿qué justicia puede esperarse?

Usted habla así por sionista, dice Feuer.

Yo entregué diez mil zlotys, señor, grita el Abuelito. Para salvarlos a todos ustedes y a los que no tienen nada. Max le ordena, no grite. ¡Diez mil zlotys para que me midan el pan! Hay más gritos, y alguien le da un cachetazo a otro. Wanda trae a Alter del brazo. La disciplina se está aflojando, dicen. Tenemos que salir, pronto.

¿Le contará todo esto Wanda a su criatura? Puede ser, algún día, si queda algo en el recuerdo, un sentimiento de alguien, o ni siquiera los nombres. Hoy, yo no me acuerdo bien qué se hablaba en nuestra casa. Sé que también había discusiones en la mesa, sobre el socialismo, sobre Palestina. Nos enfrentábamos entre nosotros mismos, porque cada

uno soñaba que iba a hacer lo que es mejor. Estaba el retrato de Herzl. Los libros en hebreo y en idish. Las impresiones de Avrumchu en el periódico local. Nadie se imaginaba que no íbamos a llegar a nada, a ninguna parte. Que todo era eso. No, hoy no me acuerdo qué más se hablaba. No puedo entrar en mi memoria. Todo, todo es esto.

Me acuerdo. Me acuerdo. La casa de papá estaba abierta para todos, también el molino, también el prado que recorriamos en primavera. Nos gustaba la compañía de la gente, y mi papá invitaba a la cena de los sábados a tantos amigos. Pero de golpe los rusos ya estaban en Stanislawow y los trabajadores del molino pedían por su jefe. Y ya conocíamos la respuesta, porque habíamos visto el revés de la mano de papá en el aire, desdeñoso. ¿Quién quiere trabajar, preguntó, quién tiene un tesoro como éste? Y me agarraba del hombro como hacía siempre, y cuando se iban, desde la escalera, seguía dando consejos, o qué hacer con el grano húmedo, o algún detalle de la costura de las bolsas. Y no terminaba de despedirse, y les insistía con la lista de clientes que pagaban atrasados. O se paraba de golpe y decía que hay que avisarle a no sé quién que mande a buscar no sé qué cosa. Ya no era su molino, ni su trigo, no tenía que importarle más, y sin embargo le importaba. Yo, lo que no es verdadero no lo puedo hacer, le dijo papá a los rusos.

Y nos decían cosas obscenas a las chicas, y papá entendía. Había estado preso dos años en Irkutsk, en Siberia. Ahí aprendió un poco su idioma. Siempre contaba de un húngaro que les leía el diario en ruso. Había otros polacos, húngaros y alemanes, judíos, católicos, ortodoxos. Peleaban todos por el ejército austro-húngaro. Papá tenía treinta y un años. No sé si mató o no mató. No le gustaba mucho contar, de eso y de otras cosas. Pero desde allí le quedó el miedo de otra guerra. Mamá se había ido a Checoslovaquia en carro con mis dos hermanitos. Después volvió y estuvieron juntos un día, un solo día, y después él partió, al frente italiano, por dos años más. Mis hermanitos no lo conocían y le tuvieron miedo. Para ellos era otro hombre de la guerra.

Y llegaron y cerraron los templos. Trajeron los ómnibus. Tren ya había. Me dieron mi primer trabajo, pero no me preguntaron si quería hacerlo. Fue en el hotel Varsovia.

Tenía que inventar los datos de los huéspedes, adónde iban, de dónde venían, qué ocupación. A los rusos lo único que les importaba era que la ficha estuviera completa, no la verdad. Ellos querían los papeles, y lo primero que hicieron fue sellar todos los pasaportes. En unos ponían SOVIET, en los nuestros, IEVREI. En los años del veinte y del treinta había muchos simpatizantes comunistas. Eran muy perseguidos. Una vez Wanda fue con el padre a llevar el pan a la cárcel y le mostraron una chica comunista. Estaba en el patio, en combinación, en pleno invierno, muy maltratada. Su padre era un comerciante muy rico, quiso pagar para que la liberen y ella se negó. Pero cuando llegaron los rusos y uno les decía que era comunista, lo mandaban a Siberia. Y ahora dicen: vienen los rusos, otra vez, y no sabemos ponernos contentos.

Max habla, y es mi papá en la palabra, es el hombre que trabaja, orgulloso, humilde. Es la ilusión, es la amargura.

¿Dónde están los que venían a vernos en la casa? ¿Todavía viven? ¿Se preguntan por nosotros o nos olvidaron? Si queda alguno que nos piensa es la prueba de que estamos vivos. O seremos apariciones, cuerpos flacos, bocas que mastican el pan y tragan y vuelven a cerrarse. Bocas sin verdad, bocas sin historia.

Es mentira, dijo Staszek, no es verdad. Max subió a su cuarto y le dijo que los rusos ya liberaron Stanislawow. Alter lo escuchó por radio. Los nazis se van vencidos. Los tanques entraron desde los Cárpatos. El glorioso ejército rojo. Alter mueve como piezas de ajedrez sobre el mapa. Max Feuer tampoco cree. Él es de acción y quiere saber por sus propios ojos, quiere enfrentarse. Mi Max lo obliga a que se tranquilice. Staszek quiere asegurar la noticia. Vuelve y dice, los rusos tomaron Nadworny y Tysmienice, pero no Stanislawow. Aquí los soldados todavía siguen hablando en alemán, algunos en húngaro. Pero están cerca, están cerca.

Por fin veremos la derrota de los alemanes, piensan todos. Y será el día más feliz de nuestras vidas.

Sueño. Avrumchu vuelve y juntos vamos a buscar a papá en el molino, papá ya se había rapado y nos reprochaba que nos habíamos olvidado de él. Hace un año y medio que no vienen a verme, decía. Me despierto pensando: papá tiene razón.

Es toda la desilusión posible. Spilerevich el bromista cuenta que los rusos tomaron Buczacz y los judíos que se habían escondido en el bosque y los otros escondrijos salieron a la luz por esta noticia, pero después de cuatro días los rusos retrocedieron sin

avisar y a los que habían salido los mataron. Pero Max dice que pronto será la próxima ofensiva. Estuvieron cerca. Solamente hay que esperar un poco más. La salida tiene que madurar. Alguien lo critica por debajo, alguien que tenía ya la visión de la libertad, pero es una visión irreal, un espejismo. Ahora queda la amargura. Pero Max nos consuela como siempre. Nuestra libertad es también un fruto, y estamos en primavera, y pienso en la criatura que no llegó a nacer, y tengo miedo por Wanda. Todo el miedo mío ya no es por nosotros ni por nadie, es por el hijo que sigue creciendo en su vientre. Pero todavía, dentro de otro momento, no se sabe qué va a pasar. ¿Y si ahora lo matan a Staszek?

Spilerevich el bromista. Es pastelero, es amigo de Staszek, es uno de los que supo siempre. Viene a visitarnos, cuenta chistes, historias graciosas, algo siempre trae. Nunca habla cosas serias, y en las tortas que le encargan los oficiales alemanes mete huevos podridos, orín, cualquier porquería. Con sus cuentos me hace acordar de Chaplin, y empiezo a pensar otra vez en todo el cine, en Tom Mix, en Fred Astaire, todo lo que me gusta. Y se va, y nos quedamos rendidos de la risa, pero un poquito tristes. Después trae caramelos para las criaturas, y Mina Weis los reparte, como Max el pan, exacta. Ariel, Lushka, Nunia y la primita esperan. Las madres no paran de alargar las mangas y ellos no paran de estirarse. Es una carrera contra el tiempo perdida. Y Spilerevich manda huevos y el buen humor vuelve para todos. Max, que es capaz de todo, corta un huevo en cinco partes iguales. Max, siempre Max.

Otro sueño con Avrumchu. Le cuento a Alter. Era en nuestra calle. Había una mesa con todos los manjares. Yo me llevaba unos bollos blancos, quesitos, harinados y con pimienta adentro, como él me contó que hay en Bruselas, y Avrumchu cargaba cuatro botellas en los brazos contra su pecho, como un bebé, y entrábamos a nuestra casa. Aparece un hombre muy bien vestido y arreglado, con un smoking, y dice que esa comida es para una fiesta que van a celebrar, y que no nos corresponde. La devolvemos con mucha vergüenza. Avrumchu decía en francés que él igual nunca va a tener hijos y yo me preguntaba, ¿si no sé francés, cómo entiendo?

¿Qué verano es éste? Un techo, una pared, levantada con manos de hombre, todavía nos separan del mundo. En Stanislawow la gente seguirá viviendo, no sé cómo, lo harán como nosotros, como pueden. ¿Alguno de ellos nos estará esperando? ¿Queda algún conocido? ¿Algún lugar? Todos hablan de adónde ir. Nadie quiere quedarse quieto. Soñamos mundos nuevos. Norteamérica, Palestina, Argentina, Australia. Un mar, dos mares de distancia. Polonia y toda Europa están sucias, culpables de nuestra desgracia. Ya son muchos siglos de batallas que se perdieron y de héroes que tomaban su propia sangre, héroes vencidos, con sed. Así nos contaban en la escuela y nosotros creíamos. Los maestros severos pero buenos. No sufríamos castigos físicos, pero una sola mirada era suficiente para dejarnos callados, y decíamos que sí a todo, y hacíamos lo que nos decía sin protestar, y era como si desde el fondo de la historia nos hubieran preparado para ser verdaderos esclavos. No olvides, dice Max, nada puede construirse desde el olvido, dice. Y Mundek espera unirse al ejército. Él me salvó la vida. Él soportó mejor el encierro por la idea de sobrevivir más que la mujer y la hija. Si salimos vivos, quiere ofrecerse. Desconfía de la paz. Alter mira el mapa de Palestina.

Se habla del fin del mundo, no sé por qué. Se oye la voz de Zarah Leander en los discos. Y el señor Symk baja al sótano. Viene a quedarse. Es el primer cristiano, después de Staszek. La guerra puede terminar pronto y el señor Symk tiene miedo, de los alemanes que se van y de los rusos que llegan. Tiene miedo si se enteran que estuvo ayudando judíos a sobrevivir. Lo miro, miro todas las caras del sótano. Siempre las recordaré. Ahora son mi casa. Los colores de las paredes en estos meses se consumieron, nuestra respiración los gastó, y por donde miro todo es gris o blanco sucio. Los verdaderos colores están afuera, en la ciudad. Los colores, las formas de las cosas que llevaban el sol adentro, hasta que no las vimos más.

Empujar una puerta, una simple puerta. Ya sentimos la liberación.

27 de julio de 1944: los rusos entran en Stanislawow.

29 de julio. Staszek fue a buscar a los rusos lejos de la casa y les ofreció whisky y les preguntó del frente. Algunas mujeres desde las ventanas abren los brazos con simpatía y los chicos los siguen. Así hicieron con los alemanes antes. Y los rusos le contaron a Staszek que ya llegaban más tropas y los alemanes se están escapando. Cuando baja todos gritamos somos libres. Todos quieren abrazarlo.

Algunos se precipitan, quieren salir ahora mismo. Staszek les cruza la salida. Hasta que no esté seguro de que no queda un solo alemán, nadie sale de aquí. Pide veinticuatro horas, veinticuatro horas solamente. Se abraza fuerte con Max y se va en su bicicleta a recorrer la ciudad.

No podemos dormir. Nadie puede dormir. Los aviones, las bombas, los disparos afuera, por suerte lejos. Alter se mantiene mirando los mapas. Es como un vigía. La geografía a él ya le salvó la vida. Y se entusiasma en el trecho Orel-Kursk, cuatrocientos tanques destruidos cada día. Y hace flechas sobre los Cárpatos, puentes adentro de círculos. La calle Gellera no la veo. Nosotros no estamos, nosotros no figuramos en los mapas, lo que es verdadero nunca figura en los mapas. Es el mismo Alter que siempre quería jugar con el globo terráqueo cuando no podíamos salir de casa por la nieve. Yo no, yo nunca voy a ser la misma que aquí entró. Nuestra universidad, como le dice Max.

La guerra termina. Quiero vivir, quiero que los muertos vivan.

Primeros salimos nosotros cuatro, Max, Alter, Wanda y yo. Vemos los ojos azules de la madre de Staszek brillantes por las lágrimas. Está lo más envejecida que yo me acordaba. Nos abraza. Lloro. Abraza al hijo. Junta las manos en el pecho. La hace sentar a Wanda. Se va y vuelve con manzanas rojas, vuelve con pan y con mermelada. Trae leche. Nos muestra una foto nuestra antigua. Viendo la foto nos damos cuenta, qué flacos estamos. Rezaba todas las noches que no los descubran, dice. Ella algo sabía, rezaba, llora, pensaba, llegará el día, se ríe y llora.

He aquí los hebreos que salen de las cavernas donde se habían escondido, Samuel XII: XI. Esta es la broma de Staszek. De a uno empiezan a salir los otros, que estaban escondidos atrás de la puerta. Siempre queda un último judío, dice Max. La madre se santigua. Ahora ya no puede creer lo que ve.

La guerra terminó, se baila sobre los cadáveres.

Salimos al medio de la luz del verano. Lo primero es el aroma de los tilos en flor, una buena señal, un regalo agradecido. Es agosto. Hace mucho calor y al sol nuestra vestimenta del sótano, envejecida en nosotros, muy limpia, y la piel tan blanca, hacen que los demás nos vean como muertos, y aparecemos judíos. En el horizonte se ve la silueta de los tanques. Todavía tenemos vida, eso grito. La gente tiene la piel oscura, la misma alegría. ¿Era libertad que vivían? ¿O el miedo hizo que parezca libertad? Vienen a vernos. Extienden la mano y el índice parece la cabeza de un alemán. Nos gritan judíos, judíos. Una mujer me dice, usted sobrevivió de las costillas de mi familia. ¿Para esto seguimos viviendo?

Ahora limpian el lugar, todas las colchonetas en una de las habitaciones, juntan ropa, trapos, mapas de una pared, y la madera y la tierra del mismo color. Se mueven cómodos. Hay montoncitos de cera derretida en el piso. No tiene que quedar ningún resto de comida, cables, última luz la del baño. Max le muestra a la madre de Staszek el sistema del agua corriente. Ella volvía de la iglesia como todas las tardes. Cuenta que las mujeres, amigas, conocidas, la rodearon con odio y una le dijo: señora Jakowa, sabemos todo, que Dios la castigue.

Ya no quiero saber nada más de Europa.

Staszek, ¿qué va a hacer Staszek? Él también es un sobreviviente, pero tiene su casa, tiene su familia. No fue perseguido, pero ya empezarán los rusos a preguntarle, ya empezarán las infamias. Nunca digan dónde estuvieron, nos pide que le juremos antes de separarnos. Ya es de noche.

No es una noche más, pero los chicos dicen hasta mañana.

En la calle Nunia le pregunta al padre, todavía en voz baja, ¿ahora sí somos libres?

Y Ariel mira el cielo y grita: Mamá, este techo, ¿no se nos caerá encima?

Lista de personas que vivieron en el sótano:

Nunek Semel

Rosa Semel

Ariel Semel

Kuba Horn

Zygo Monciaz

Josef Finkelsztajn

Olek Finkelsztajn

Mosze Neuderfer

Henek Boltuch

Dziadzio Fingerer

Josef Fink

Sara Fink

Nunia Fink

Isaac Danenberg

Mina Danenberg

Margoszes

Zimerman

Josef Weis

Mina Weis

Zygo Helman

Sra. Helman

Luschka Helman

Helman, hijo

Misku Kirszenblat

Maryla Mesing

Mojszaly Feuer

Elo Segal

Kremnitzer Mundek

Gisela Saginur

Max Saginur

Wanda Gleis

Alter Gleis

Cronología

1919

12 de julio: nace Gisela Gleis en Stanislawow, Galitzia polaca. Su madre, Rosa, es ama de casa y su padre, Isaac, molinero.

Tropas ucranianas ocupan Galitzia Oriental.

1920

Pilsudski invade Ucrania.

1926

Golpe de estado de Pilsudski.

1932

Pacto de no agresión entre Polonia y la Unión Soviética.

1933

30 de enero: Hitler es designado canciller alemán.

1934

Pacto de no agresión entre Polonia y Alemania.

1935

Muerte de Pilsudski.

1936

Alemania ocupa la Renania.

1937

Gisela termina sus estudios secundarios.

1938

Alemania se anexa Austria.

30 de septiembre: pacto de Munich entre Inglaterra, Italia, Francia y Alemania.

1 de octubre: Alemania invade Checoslovaquia.

1939

28 de abril: Hitler denuncia el pacto de no agresión con Polonia.

12 de julio: la noche del cumpleaños de Gisela, se incendia el molino de su padre.

21 de agosto: pacto Ribentropp-Molotov.

1 de septiembre: se declara la Segunda Guerra Mundial.

Alter, hermano de Gisela, es convocado al ejército polaco.

17 de septiembre: Stanislawow queda bajo el dominio de la Unión Soviética, que ocupa todo el este de Polonia.

15 de noviembre: confiscación de los bienes del estado polaco por la Unión Soviética.

1940

Marzo: Alter, que había sido tomado prisionero, vuelve a Stanislawow después de escaparse.

Gisela trabaja como secretaria y ayudante de contaduría en un hotel. Conoce a Max Saginur, un amigo de su hermano que venía de trabajar un año en un gasoducto en Dombas, Ucrania.

1941

22 de junio: Alemania invade la Unión Soviética.

Agosto: después de dos semanas de bombardeos, el ejército alemán entra en Stanislawow.

Septiembre: primeras matanzas de judíos. Obligación de entregar todos sus bienes y objetos de valor. Creación de la policía judía. Uso obligatorio del brazalete. Gisela consigue trabajo en la cocina de la policía ucraniana.

Noviembre: creación del gueto de Stanislawow.

1942

Enero: el padre de Gisela es detenido y torturado durante tres días. Queda inválido.

Marzo: Gisela enferma de cólera.

25 de mayo: casamiento con Max.

19 de agosto: empieza la batalla de Stalingrado.

Octubre: primer intento de huida del gueto y estadía en la casa de Staszek durante diez días. Al volver, se enteran de que durante una razzia los SS mataron a la hermana de Max, a su cuñado y a sus sobrinas, de tres y cuatro años y a la beba recién nacida de Alter y Wanda.

19 de noviembre: comienzo de la contraofensiva soviética en Stalingrado.

Diciembre: deportaciones a campos de exterminio. Nueva mudanza dentro del gueto, que se achica cada vez más.

1943

31 de enero: los alemanes se rinden en Stalingrado.

Febrero: Gisela, Max, Alter y su esposa Wanda escapan del gueto y se refugian en el sótano de la casa de Staszek.

Marzo: liquidación del gueto de Stanislawow.

13 de abril: Radio Berlín anuncia el hallazgo de miles de cadáveres de oficiales polacos en el bosque de Katyn.

19 de abril: levantamiento del gueto de Varsovia.

1944

27 de julio: los alemanes abandonan Stanislawow. Entran las tropas soviéticas.

30 de julio: salida del sótano.

1 de agosto: Varsovia. Insurrección general contra la ocupación alemana, que dura hasta el 2 de octubre.

1945

29 de abril: suicidio de Hitler.

8 de mayo: fin de la Segunda Guerra Mundial.

Gisela y Max viajan por Polonia. Katowice, Bitom, Valdemburg, Cracovia.

1946

Gisela viaja a Badreichenhald, Alemania, para operarse la garganta. Reencuentro con Avrumchu, su hermano mayor, al que no veía desde antes de la guerra.

Diciembre: viaje hacia Paris. Comienzan los trámites para radicarse en algún país de Sudamérica.

1947

15 de agosto: Marsella. Partida a bordo del “Campana” hacia Brasil.

Septiembre: Río de Janeiro. Viaje en avión a Paraguay.

17 de octubre: llegada a Buenos Aires.

1951

26 de abril: nace su hijo Jorge.

1965

Staszek viene por seis meses a Buenos Aires invitado por Max.

1966

Staszek, su mujer y sus tres hijos se radican en Estados Unidos.

1968

18 de octubre: Staszek es reconocido por el estado de Israel e invitado a plantar un árbol en el Bosque de los Justos, en Jerusalem.

1978

11 de enero: nace Tamara, nieta de Gisela y Max.

1979

24 de octubre: nace el nieto Alan.

1990

25 de junio: muere Max Saginur.

2000

11 de julio: muere Staszek.

2001

26 de junio: muere Gisela.